



FRANK
CAUDET

"BUNGALOW"

111



Maravilloso y negligente descuido.

Presidiendo el cruce de aquel par de magníficas y bronceínas piernas que, al término de su cobriza tonalidad mostraba un apetecible sonrosado.

Frankie McCasland, que hasta entonces escuchara en silencio el relato de la sugestiva Mildred, miró abiertamente aquel «cruce» que pedía con urgencia una señal de *stop*.

Walter Cihac, el hombre que el Servicio Secreto Norteamericano había afincado en Casablanca bajo la apariencia de un cansado millonario que enterraba sus dólares en la construcción de un sensacional motel a lo Miami, paseaba por la estancia con indiferente curiosidad.

Los vivos e inquietos ojos negros de
IS-009

se clavaron expresivamente en los de Frankie.



Frank Caudett

«*Bungalow*» 111

Bolsilibros - Servicio Secreto - 899

McCasland - 2

ePub r1.0

Lds 22.12.17

Título original: «*Bungalow*» 111

Frank Caudett, 1967

Cubierta: Santiago Tamurejo

Ilustración interior: Altamira

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





SS

SERVICIO SECRETO



SOHORA BEN
ABSELAM

FRANKIE
Mc.CASLAND

altamirano



Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

PRÓLOGO

ATENAS, 22 de julio de 1966

Iera Odos, 26. No.

Una callejuela angosta, lóbrega, sombría, casi tétrica como Iera Odos, no podía contribuir en modo alguno a resaltar la belleza arquitectónica ni formar parte de una ciudad rica en arte y cultura, cuna en la que se había mecido años ha, mejor siglos, la civilización y progreso de todo un continente.

La Acrópolis, Benaki, Keramikos, las iglesias bizantinas de Sotira Likodimu, Panayia Corgoepikoos, Kapnikarea y Ayii Theodori, glorias de un pasado esplendoroso y fulgurante, recuerdos de una juventud áurea, tan ubérrima como efímera, no podían relacionarse con aquella paradoja de nombre Iera Odos.

Un contrasentido. Atenas.

Y en la noble y vieja Atenas, una calle.

Con sus ancianos edificios, resquebrajados, deslucidos, en trance de ruinas. Número 26.

Allí se alzaba la vetusta construcción, la caduca y oscura mole que parecía arrancada de aquellos truculentos pasajes de Víctor Hugo en los que se hablaba de una Francia sibilina preñada de sórdidos y mezquinos misterios.

Con su portalón tan ancho como siniestro. En tinieblas.

Asomando a él un corredor espacioso, sí. Pero sucio.

Con un ofensivo y penetrante hedor mezcla de los peores olores. Al fondo, otro portalón.

Una arcada más baja y estrecha. De hierro.

Enmohecidas las bisagras, chillonas, gimientes y quejumbrosas como bestias heridas.

No había más que atravesar aquel muro de arco férreo para

sorprenderse nueva y notablemente.

Olvidarse de la ruindad exterior.

Lo que es más, hasta de la Acrópolis y las glorias de Grecia.

¡Asombroso!

Ese mundo fantástico, irreal, nuevo, nuestro mundo, con sus modernas exigencias, tenía allí pulido y fiel espejo donde reflejarse.

Porque el inmenso laboratorio que ocupaba la planta baja y los sótanos del jubilado y decepcionante edificio de Iera Odos 26, hablaba en silencio de prodigio y maravilla.

Suelo, paredes y techo, de una sola pieza plástica de impoluto blanco, eran vivo y violento contraste con el pasillo maloliente y pringón que daba acceso a tan nívneo recinto.

Las mesas de mármol extendíanse por ambos lados y centro alcanzando una longitud casi igual a la de la nave y formando una sucesión de geométricas líneas paralelas.

Sobre cada una de aquéllas, erguíanse orgullosas estanterías y alacenas de transparente cristal, dando albergue a una serie innumerable de útiles tan extraños como lógicos, entre los que destacaban profusión de probetas, inyectores, cubetas, ampollas de variados tamaños, etc.

Un hombre de avanzada edad y canos cabellos deambulaba de un lado a otro examinando con mezcla de interés y descuido los distintos bancos de trabajo.

Su frente arrugada marcaba surcos de honda preocupación al igual que los pliegues sitios en las comisuras de sus labios ajados, finos e incoloros.

El gris oscuro de sus menudas y vivaces pupilas, desmintiendo el cansancio que parecía dimanar de su persona, no pasaban por alto un solo detalle aunque en apariencia no fuese así.

Hundidas las manos en los bolsillos de la armiñada bata, detúvose en seco y giró sobre los talones.

Su voz débil y pese a ello notoriamente autoritaria, exclamó:

—¡Alopekis!. ¡Nyjta!, voy a...

El hombre y la mujer que se encontraban inclinados hacia una de las mesas de mármol no le dejaron terminar.

Ambos alzaron la cabeza al mismo tiempo para pronunciar al unísono:

—¿Necesita algo, profesor Meissner?

Les sonrió con un afecto no exento de cierta severidad.

—No —negó con la cabeza—. Voy a retirarme a descansar. Cuando terminéis de preparar esa fórmula marchad a casa... — Amplió sus labios en abierta y pícara sonrisa, antes de agregar—: O adónde queráis.

Alopekis Sygrou inclinó la cabeza.

—Gracias, profesor. Que descanse.

Sin mediar otras palabras, Erhard Meissner dio media vuelta encaminándose a la herrumbrosa puerta.

Salió, cerrando con suavidad.

Nyjta, la bella griega de ojos azules, una vez desaparecido el profesor, olvidó la cubeta en la que se disolvían; aquellos líquidos de diferentes tonalidades.

Miró al hombre expresivamente.

—Alop, querido —musitó con voz queda llena de mimo y ternura—, ¿iremos a bailar?

Sygrou tampoco se preocupó del inyector.

—Nyjta... ¿por qué eres tan hermosa?

Las nacaradas mejillas de la mujer adquirieron un matiz sonrosado que contribuían a incrementar su candoroso encanto.

Sólo un paso los separaba. Nyjta no respondió.

Fue hacia él.

Alopekis la recibió entre sus brazos para encerrarla apasionadamente.

Buscó la fresca boca femenina para hundir en ella la suya y profundizar con vehemente ósculo.

Sumidos en el encanto de la caricia, cerrados los ojos, entregados mutuamente al amor, prolongaron aquel beso que fundía sus alientos hasta dificultar la respiración.

Al separarse.

Entonces el hombre, involuntariamente, golpeó con el codo la cubeta y ésta chocó contra una ampolla gigante reduciendo el frágil cristal a diminutas partículas.

—¡Alop! —exclamó ella—. En esa ampolla ha inyectado el profesor Meissner... Tosió.

Alopekis Sygrou quiso decir algo.

Pero también su cuerpo vióse sacudido por una tos violenta, continua, espasmódica.

Ambos se llevaron las manos a la garganta.

¡No podían respirar! ¡Se estaban asfixiando!

El, en desesperado esfuerzo, rojos los ojos y casi al borde de las órbitas, trató de atrapar a Nyjta y tirar de ella.

Quiso hacerlo.

Pero la hermosa griega de ojos azules estaba ya en el suelo.

Apenas tuvo tiempo de ver cómo las femeninas pupilas convertíanse en dos pedazos de inanimado vidrio y como una espuma negruzca asomaba por la comisura de los rojos y húmedos labios.

Porque se desplomaba pese a sus inauditos deseos de mantenerse en pie.

En tierra, caída la cabeza sobre las piernas de la mujer, trató de gorgotear una frase ininteligible.

Ni una palabra llegó a salir de su boca.

Como ella, sus vidriosas pupilas claváronse en el inmaculado techo para quedar fijas en él.

Siniestramente fijas.

* * *

—¡No es posible! ¡No es posible!

Era la enésima vez que el profesor Erhard Meissner repetía aquella exclamación.

Y en su rostro, contraídos los músculos faciales, el desespero, la impotencia y el descorazonamiento, hallábanse patentes con evidencia rayana en el patetismo.

—¡Es horrible! ¡Es cruel! ¡Es...!

—Cálmese, profesor.

Aquellas dos palabras acababan de surgir en labios de un muchacho que no contaría más de veinticinco años de edad.

Alto, bien formado, facciones correctas y agradables, quizá algo duras por la fuerza con que encajaba las mandíbulas, cabello rubio pajizo muy corto y ojos azul grises.

Paul von Lutze, ayudante del profesor, hombre de confianza y alumno inmejorable y aventajado.

Erhard Meissner se mesó los cabellos canos, mordió el labio inferior hasta hacerlo sangrar, clavó las uñas en su faz, tartajeó:

—Muertos... ¡y los he matado yo! El otro se acercó.

Con igual respeto que al propio padre, dijo:

—*Herr*, serénese, no ha sido su culpa. Se trata de un accidente. ¿Quién podía suponer que ese gas fuese venenoso? Usted trabajaba en la composición de un fluido aeriforme que con...

—¡Lo sé, lo sé! —Siguió desesperándose—. Pero Alopekis y Nyjta... ¡están muertos!

De repente, como si hasta entonces no se hubiese dado cuenta el profesor de que existía un detalle quizá mucho más importante que las muertes de aquellos dos desdichados, gritó agitadamente:

—¡Paul!

Enarcó las cejas el aludido sin ocultar la sorpresa que le producía aquel cambio radical de actitud.

—¿Qué sucede, profesor?

Erhard Meissner apretó los puños. Se pellizcó la barbilla. Miró de un lado a otro con latente temor, con miedo, podía decirse que con pánico atroz.

—¡Tenemos que tomar medidas inmediatamente!

—¿Medidas...? No comprendo, *herr*...

—¿No comprendes...? ¡Pues está bien claro! Alop y Nyjta murieron casi en el acto. No tuvieron tiempo de escapar. Y la cantidad de gas contenida en la ampolla era prácticamente insuficiente para intoxicar la atmósfera...

El de los cabellos rubios se dio una palmada en la frente.

—¿Quiere decir que involuntariamente ha descubierto...?

—¡Sí! ¡Eso quiero decir! Oye... —Temblaba su cuerpo, temblaba la voz, estaba deshecho—, antes de comunicar a las autoridades la muerte de estos infortunados hay que hacer algo mucho más importante. La fórmula, ¿entiendes?

Cabeceó el muchacho, quizá sin comprender demasiado.

—¿Destruirla, *herr*? Negó el profesor.

—No. Pero es necesario hacerla llegar a buenas manos... a personas, científicos que hagan uso honrado de ella. Cuando la policía me interrogue, Paul, no tendré más remedio que explicar el porqué de esas muertes. Grecia es un lugar muy cosmopolita, un caos de intrigas, un nido y nexo de espías y contraespías. Me obligarán a revelar esa fórmula... ¡pero no la sé de memoria! Tú... tú deberás hacer lo más difícil y arriesgado, Paul.

El aludido no pareció intimidarse.

—Le debo la vida, *herr*...

Meissner rechazó el argumento de su pupilo con un ademán tan significativo como contundente.

Le miró con fijeza inquisitiva.

—¡No es agradecimiento lo que yo quiero! ¡Es colaboración, renuncia, riesgo... y hasta quizá sacrificio!

Paul von Lutze, resuelto con decisión, exclamó:

—¡Es lo que ofrezco, *herr* Meissner!

El profesor se acercó al muchacho sonriéndole con ternura.

—Perdona... estoy nervioso. No sé lo que me digo.

Durante unos segundos se hizo el silencio entre ambos hombres.

—Escucha —dijo Erhard Meissner repentinamente—. Huirás ahora mismo. Esta mañana. Con la fórmula. Así, cuando me interroguen, no podré revelarla ni faltar a la verdad.

Paul encajó aún más fuertemente sus mandíbulas.

—¿Adónde, *herr*?

El otro frunció el entrecejo.

—¡Casablanca! —Y corriendo camino de la puerta, agregó—: ¡Vamos a mi despacho!

Salieron presurosamente del laboratorio.

* * *

Erhard Meissner regresó cabizbajo a la nave.

Contempló con los ojos arrasados en lágrimas aquellos cuerpos jóvenes, sin vida, muertos.

Nada podía hacer por ellos.

Ya había hecho lo que estaba en su mano para evitar que lo fatal llegara a producirse algún día.

Consultó largamente las manecillas de su reloj.

Ya era tiempo de comunicar a las autoridades lo sucedido.

Si sus cálculos no erraban. Paul van Lutze tardaría algo más de veinte minutos en volar lejos de Atenas.

Una vez más, desesperadamente se mesó los canosos aladares.

No le importaba la responsabilidad que tenía que afrontar. Si no podía devolverles la vida a los dos seres que la perdieran por su... por su culpa, ¿qué importaba lo que pudiese sucederle?

Giró en redondo.

Y ante sus ojos, de una manera difusa, como surgiendo de la niebla, igual que nacida de entre la espesa bruma, emergió una zarpa velluda, aterciopelada, de finas y arqueadas uñas.

¿Una mano?

¡No, no, una garra!

¡Una garra siniestra!

—Lo siento, profesor —habló una voz metálica, impersonal, fría y sádica—. Debo asegurarme de que no halle nuevamente esa fórmula.

Erhard Meissner no acababa de comprender.

—Pero... ¿qué ocurre?... ¿cómo...?

No concluyó sus incoherentes interrogaciones. Dos.

Eran dos las garras que surgían ahora de la espesa bruma.

—¡Aaaaaaaah! Y los zarpazos. Bestiales.

Horrendos.

Una y otra vez, aquellas garras de afiladas uñas fueron descendiendo sobre el rostro del profesor, fueron hundiéndose en su carne, desgarrándola, produciendo sanguinolentos surcos en su ajada piel.

—¡Aaaaaaaah!

La bata. El cuerpo. Los miembros.

Hasta convertirlo en un despojo humado cuajado de heridas, hasta dejarlo tendido en el suelo sobre un estigio de sangre fresca a la que se unía en rojizo océano, chapoteando macabramente, la que brotaba de las innumerables heridas.

Un gorgoteo.

Y el febril jadeo de un aliento dificultoso, de la bestia de sádicas zarpas que había destrozado el anciano cuerpo.

Luego, una carcajada infrahumana, espeluznante, poblando la nave con eco tétrico.

Por último, el silencio. La muerte.

Tres cadáveres.

CASABLANCA, 26 de julio de 1966

Dar el Beida.

Ése es el vernáculo de Casablanca, de la ciudad industrial, comercial, cosmopolita, alegre y bullanguera, misteriosa y exótica,

moderna y antigua, plena de maravillosos contrastes que dan sabor, color, que evocan un pasado cercano y anacrónico, que es, en suma, el centro neurálgico de Mogreb el Aksa.

Marruecos.

Con una superficie casi igual a la de París, antigua metrópoli, con sus novecientas mil almas, mezcla de razas, caracteres, idiosincrasias, religiones y pensamientos, Casablanca surge a orillas del Atlántico con su puerto lleno de febril actividad, con sus fastuosos edificios contruidos y concebidos según las normas de la más atrevida arquitectura que, como un canto melancólico, se yerguen al linde de antiquísimos y nostálgicos muros que respiran la pureza de un arte que murió en su propio esplendor. Y es ahí, en ese crisol dispar de hombres y piedras, donde las misteriosas arañas que tienen su cubil en cerebros tortuosos que lucubran en pro del mal, tejen sus telas de intrigas, de pasiones, de odios y violencias, de muerte.

De sangre. Dar el Beida.

En cualquier lugar, en el más insospechado rincón... quizá en la tranquilidad ficticia del cómodo apartamento de un suntuoso hotel, un hombre puede pasear nerviosamente clavados sus ojos azules en la silenciosa y negra figura de un sombrío teléfono.

¿Cuándo sonará? Silencio.

¡Riiiiing! ¡Riiiiing!

Paul von Lutze aplastó contra el ya repleto cenicero un apagado pitillo que sostenía entre los labios.

Se precipitó hacia el teléfono llevando el auricular a su oído, pegándolo a él materialmente.

—¿Quién habla?

Al otro extremo, un fugaz siseo. Una respiración.

—Mildred Williams,

IS-009.

El profesor Erhard Meissner se comunicó conmigo en Atenas. He recibido órdenes de la central de mi departamento en Washington para que lo proteja. Y para ello, lo primero será que usted me entregue la fórmula. Seguidamente gestionaré su salida de Marruecos.

Paul von Lutze, con voz ligeramente temblorosa, inquirió:

—¿Con las suficientes medidas de seguridad?

El resuello femenino llegó hasta él a través del cable telefónico.

—Por supuesto No creo que nadie haya tenido tiempo de ponerse sobre su pista. Aunque considero un error y una maniobra innecesaria su venida a Casablanca. Hubiese podido entregarme la fórmula en el mismo Atenas.

—¡Fue orden del profesor! Al denunciar el fallecimiento de sus ayudantes tenía que explicar...

—Erhard Meissner fue asesinado antes de que tuviese tiempo de comunicarse con las autoridades griegas —soltó de un tirón la mujer.

Paul, estupefacto, separó el auricular de su oído para contemplarlo con asombro. Sin querer dar crédito a tan terrible revelación.

—¡Eh, Von Lutze! ¿Sigue ahí?

Aturcido, mecánicamente, clavó de nuevo el auricular en su oreja.

—Sí... sí... —tartamudeó—, pero... ¿por qué lo mataron? ¡Él no sabía la fórmula! Hubo una nota de impaciencia en el tono de voz femenino, al decir:

—Desconozco por qué y quién, Von Lutze. Sólo sé que fue obra de un asesino internacional, de un sanguinario virtuoso del crimen a quien conocemos por «The Sadistic». Ignoramos para quien trabaja aunque no es difícil de suponer. Los agentes de varios organismos de espionaje lo andan buscando desde hace dos años... bueno, nos estamos apartando de la cuestión. Escuche atentamente.

Por instinto, Paul von Lutze pegó aún más el negro auricular.

—La escucho.

—En la colina de Anfa, al sur de la playa Ain Diab, existe una especie de jungla poblada de árboles y palmeras. Un americano llamado Walter Cihac, sepa que trabaja para nosotros, tiene instalado allí un extenso motel que cuenta con infinidad de *bungalows*. Vaya esta noche, a las once, y alquile el *bungalow 111*. He elegido ese número porque coincide con la hora de la cita y no creo que pueda olvidársele. Traiga la fórmula. ¿Ha comprendido? Repita mis instrucciones.

El de los cabellos rubio pajizo hizo un esfuerzo para engullir saliva.

La inesperada noticia tan bruscamente recibida había alterado

su sistema nervioso.

Tardó unos segundos en decir:

—Sí... he comprendido. Colina de Anfa, al sur de la playa Ain Diab. Un motel cuyo propietario es Walter Cihac. Debo alquilar el *bungalow 111* y llegar a él a las once en punto de la noche con la fórmula. ¿Es así?

—Correcto. ¡Ah, una advertencia! Procure comportarse con naturalidad, sin nerviosismos, pero al propio tiempo obre con precaución. No se deje ver antes de la noche si no se trata de algo verdaderamente necesario e imprescindible. ¿De acuerdo?

Asintió con la cabeza.

Ella no podía ver su gesto. Por eso Von Lutze, segundos después, con voz torpe, afirmó:

—Sí... sí. Seguiré sus instrucciones al pie de la letra.

—Correcto. Hasta noche... ¡buena suerte!

Un elocuente clic anunció al ayudante del asesinado profesor Erhard Meissner que la femenina comunicante había colgado.

Hizo lo propio.

Luego, con auténtico gesto de horror, mesó sus cabellos frenéticamente.

—¡Muerto...! —musitó, dejándose caer en una butaca. ¡Herr Meissner... asesinado! ¿Por qué...? ¿Por qué!

Atrapó el paquete de cigarrillos que descansaba sobre la mesa ratona al lado del teléfono.

Con ligero temblor en la diestra, prendió un cigarrillo. Consultó luego el reloj.

Hasta las once de la noche...

* * *

Soberbia.

No podía encontrarse palabra más acertada para calificar con justicia a la hermosa morena que cual diosa de la mitología acababa de surgir entre las olas.

Jamás sería cantada, ni lo fuera, una sirena como aquélla.

Bajo los tímidos reflejos de la luna, unos puntitos acuosos brillaban sobre su piel de bronce.

Húmedo el escultural cuerpo.

Ceñido en toda su rotundidad por un dos piezas látex de color amarillo, insuficiente para ocultar sus múltiples encantos a la tenue oscuridad nocturna.

Su cabello azabache, pegado a la cabeza, recortaba la geométrica redondez de aquélla, caía junto al rostro enmarcando la belleza de una cara plétórica de pícara hermosura que nacía en el trazo respingón de la nariz, que se acusaba en las negras pupilas de unos ojos inmensos, vivos, inquietos en el interior de su elíptico reducto y definíase en el trazo arqueado de unos labios suaves, levemente carnosos, dulces y entreabiertos.

Sacudió la cobriza melena.

Luego, rompiendo por su fugaz cintura aquel cuerpo sensacional, cimbrearón las caderas en un giro cadencioso al compás de unos pies que se hundían en la arena y encima de unas piernas de excepción, al descubierto los prietos muslos.

Pronto dejó atrás la arena para introducirse en aquel pedazo de agreste selva, seguida de las atónitas miradas de escasos bañistas nocturnos que, impresionados por la magnitud de su belleza, no consiguieron reunir el suficiente aliento para hacer extensiva su admiración por medio del clásico y elocuente silbido.

Serpenteando por entre los árboles, se internó en la zona donde principiaban el sinnúmero de artísticos *bungalows*.

Walter Cihac lo había hecho bien.

Un pedazo de Miami, de Hawái, de las Bahamas, clavado románticamente en aquella playa, no exenta de atractivos, pero a la que el motel prestaba la mejor nota de vivacidad y colorido.

De alguna de aquellas construcciones de troncos y ramajes dimanaba una musiquilla pegadiza y agradable.

Sin darse cuenta, Mildred Williams empezó a mover sus menudos y bien formados pies al compás de la evocadora melodía.

Luego, lejos ya las notas acarameladas, caminó con presteza.

Bungalow 111.

Sin llamar. Abrió la puerta.

—¡Aaaaaah!

Brotó el grito de su garganta y se hinchó ésta marcando con rojizo matiz las cuerdas vocales.

Luego, se envaró.

La mesita, las típicas butacas bajas, el mueble bar, el tocadiscos,

la doble toalla tendida en el suelo, la diminuta cama...

Sobre ella. Destrozado.

Convertido en un amasijo sanguinolento, en un despojo bañado por un mar escarlata, en una pulpa irreconocible...

Así estaba el hombre.

Encima de la rudimentaria cama.

Lo mismo que si acabase de ser atacado por la más sanguinaria de todas las bestias.

Caótico lienzo. Espectral.

Mildred Williams, saliendo de su inmovilidad, como si recobrara las fuerzas huidas de su cuerpo, escapó a la momentánea abstracción para lanzar otro alarido enervante.

—¡Aaaaaah!

Y girando sobre los desnudos talones corrió *bungalow* afuera tropezando con árboles, plantas, pequeñas raíces, con sus propios pies.

Tan desesperada huida, sin rumbo determinado, entre roncós jadeos y ahogados gritos, hizo abrirse la puerta de varias casitas por las que asomaron rostros sorprendidos, parejas a lo Adán y Eva, hombres que tras la inicial sorpresa se deleitaban contemplando a la aterrada escultura.

Se encontró en los brazos de alguien.

—¡Mildred! ¿Qué ocurre?

No le veía, ni tan siquiera había reconocido la voz.

Pero se aferró, estremeciéndose sin cesar su armoniosa figura, contra el puerto providencial al que llegaba su naufragante nave.

Era alto.

De buena complexión física, maneras de consumado gimnasta, torso ancho y recios hombros.

Correctas las facciones del moreno rostro.

Interesantes las hebras plateadas que ondulaban sinuosamente en sus negros aladares.

Aferró a la mujer por la breve cintura sacudiéndola con cierta violencia.

—¡Mildred! ¡Soy yo, Walter! Lloraba.

Convulsionándose. Sin reaccionar.

Por lo que él, evidenciado en su faz la contrariedad que le producía emplearse como iba a hacerlo, cruzó varias veces las

femeninas mejillas.

Agitó entonces la cabeza.

Y con brusquedad, zafóse al estado de histerismo en que se hallaba sumida. Se apretó contra el viril torso.

—¡Walter! ¡Es horrible! ¡Walter! ¡Lo han despedazado! El hombre, bajando la voz, inquirió:

—¿A quién, Mildred? ¿Al ayudante del profesor Meissner? Cabeceó ella.

—Procura guardar la compostura, Mildred —recomendó él con cierta severidad, dándose cuenta de que ya empezaba a formarse un nutrido corrillo cerca de ellos—. Recuerda quién eres y por lo que estás aquí. ¿Quieres que nos veamos envueltos en peligrosas dificultades?

Ante las lógicas palabras del propietario del motel, la mujer pareció reaccionar con mayor serenidad.

Walter Cihac, separándose unos instantes de ella, acudió a disolver el grupo de ávidos curiosos.

—¡No ha ocurrido nada! —voceó autoritario—. Ella... ella sufre con frecuencia ataques nerviosos. ¡Regresen a sus lugares!

Como por ensalmo, se abrieron y cerraron varias puertas. Desapareció el corro de intrigantes.

Walter regresó junto a Mildred tomándola del brazo.

—Explícame con calma lo que ha pasado, pequeña.

Y mientras decía esto, la arrastró materialmente hacia el *bungalow 111*.

—¡No! —Se resistió con terquedad—. ¡No quiero ver de nuevo esa horrible escena!

Walter Cihac, luego de soltarla, avanzó unos pasos hacia la puerta sobre la que se hallaba clavada una rústica placa con tres unos.

La abrió.

Sus ojos de oscuro castaño viajaron de un extremo a otro de la artística cabaña. Incluso parpadeó.

Y acto seguido, volviéndose hacia Mildred con extraña expresión, inquirió:

—¿Te has vuelto loca?

La mujer, oscilando aún su rutilante figura bajo convulsivos latigazos, acercóse a él con temerosa lentitud.

No se movió el hombre.

Y Mildred, en brusco alarde resolutivo, se plantó en el umbral de la puerta. Desorbitó los ojos.

—¡No!... ¡No es posible!...

Y se restregó furiosamente las pupilas. Walter Cihac, la miraba.

Y ella, miraba hacia la cama.

¡Sobre ella un hombre parecía dormir plácidamente!

—¡No es posible!... —exclamó de nuevo Mildred.

Walter Cihac se acercó hasta el individuo que se hallaba sumido en tan profundo sueño.

—¿Es él, Mildred?

La agente del *Intelligence Service* Norteamericano
IS-009,

medio cubierto el bello rostro con ambas manos, caminó como una autómatas hasta situarse a la altura de Walter.

—¿Es él...? —insistió.

Apartó las manos de la cara para posar sus ojos en el durmiente.

—Por la fotografía... sí. Pero... —De repente, estallando en incontenible nerviosismo, gritó—: ¡No! ¡No puede ser! ¡Lo he visto hace unos minutos... destrozado!

Walter Cihac se inclinó sobre el de los rubios cabellos sacudiéndolo por los hombros.

—¡Eh, muchacho! ¡Arriba! Siguió inmóvil.

Entonces, el propietario del motel, le alzó los párpados fijándose atentamente en el blanco de sus ojos.

Dijo, con rotundidad, con plena convicción:

—Este hombre ha sido drogado.

Mildred Williams movió la cabeza con absurdo rictus contrayendo sus bellas facciones.

—Creo... —musitó, entrando en el normal relax que suele coronar las excitaciones nerviosas—, creo que voy a volverme loca.

Y se dejó caer en una de las butaquitas. Más calmada, sí.

Pero no repuesta de las dos violentas emociones sufridas en el espacio de pocos minutos.

Pareció que sus ojos buscaban huellas de sangre... De la mucha sangre...

Nada.

—Hay que registrar a este hombre —anunció Cihac.

—Hazlo tú. Walter —murmuró ella, desangelada—. Voy a comunicar con Washington. Y me temo que a
IS-000

no le va a gustar nada este complicado crucigrama.

Se puso en pie.

En el preciso instante que el hombre decía:

—No lleva nada encima. Mildred. Ni un papel. Nada. La fórmula...

Aquella letal fórmula accidental y trágicamente descubierta por el profesor Erhard Meissner había desaparecido.

Un ser horrorosamente mutilado aparecía intacto, incólume, drogado, pocos minutos después.

¿Qué clase de infernal maquinación giraba en torno de aquel complicado asunto?

IS-000,

desde Washington, decidiría.

SAO PAULO, 27 de julio de 1966

Clube Retiro das Pedras.

Un magnífico recinto dentro de la bella ciudad brasileña, del multicolor y lisonjero Sao Paulo.

Armonía, encanto, luz y esplendor. En *Rúa da Gloria*, 251.

Un tenue tamizado de luces policromas sumía el local en agradable penumbra.

Los veladores, diseminados con igual coquetería que estrategia, formaban cada uno aislado reducto donde, casi en silencio, en un susurro, las parejas vivían encendidos idilios.

Profusión de translúcidas y vaporosas cortinas oteaban suavemente al arrullo de la tímida y sutil brisa que se filtraba desde los abiertos ventanales que daban acceso al frondoso jardín.

Los camareros, casi agrupados en un extremo de la sala, tenían órdenes estrictas de la dirección de no acercarse a ninguna mesa si no eran previamente requeridos.

Al fondo, una inmensa y circular pista de baile, pulido encerado, marco al escenario en forma de concha, trampolín desde el que habíanse lanzado al mundo de la canción intérpretes de primerísima magnitud.

A la derecha, el tablado, sosteniendo a la orquesta con todo su

instrumental.

De allí brotaban las notas lánguidas de una vieja melodía tropical, a cuyos acordes, sin apenas mover los pies, algunas parejas musitaban a los oídos del ser amado las más dulces palabras.

Nostálgico rincón.

Frankie McCasland miró intensamente a la mujer que se hallaba sentada frente a él.

Alma Evans.

Un prodigio sensacional de belleza y vitalidad.

El óvalo cobrizo de rostro armonioso era marco de unas facciones realmente hermosas.

Allí tenían vida unos maravillosos ojazos color ámbar que se movían con ígneo fulgor, que brillaban como dos rutilantes estrellas sobre un cielo pleno de paradisiacos sueños.

Bajo la perfilada nariz se entreabrían aquellos labios carnosos, rojos, incitantes, que recitaban quedamente la poesía de un beso.

Su cuerpo esbelto, cimbreño, flexible como el junco, definía la turgencia agreste de unos senos firmes, palpitantes, exquisitamente emparejados.

Las piernas descubiertas por encima de la rodilla, escondían su línea escultórica bajo la mesa.

—Te encuentro nervioso, Frankie —musitó con su voz cálida, profunda—. ¿Ocurre algo?

McCasland, con sus ciento noventa centímetros de pies a cabeza; con sus anchas espaldas y fornido torso de atleta profesional; con sus elásticos músculos sin un gramo de grasa; con los cabellos castaños ligeramente caídos sobre la frente; con su faz de correctas facciones entre las que destacaban los labios de rictus irónico y los ojos, los sorprendentes ojos azules de mirada inquieta, seguía siendo el hombre que un día conocimos^[1].

Frankie McCasland,

IS-001.

Sonrió, un tanto forzado.

—¿Ocurrir...? —fingió extrañarse—. ¿Qué puede ocurrir estando tan cerca de una preciosidad como tú, encanto?

Parpadeó ella, aleteando sus rizadas restañas muy cerca del masculino rostro, casi abanicándole.

Y dijo, sorprendentemente:

—Todavía no te conozco, Frankie. Desde el día en que me besaste por primera vez, desde aquella noche que te ofrecí un *whisky* en mi apartamento... desde entonces estoy tratando de conocerte.

McCasland, esbozando su habitual rictus irónico, repuso con burlona naturalidad:

—Desde aquel día, Alma, opino que eres una perfecta conocedora del sexo opuesto.

Se tiñeron de rubor las femeninas mejillas.

—Tú... —musitó—, eres la excepción.

—Nada me hace diferente a los demás.

Negó ella, agitando sus cabellos de mechas multicolores.

—Todo, Frankie. Todo te hace diferente. Hasta para amar eres distinto. Hizo él una seña al camarero quien se acercó con presteza.

—¿Señor...?

Frankie interrogó a la mujer con los ojos.

—Un

gin-fiz

—pidió ella.

—Tráigame un *Martini seco* —encargó el hombre.

Y cuando se retiraba el etiquetado camarero oscurecieron las luces tamizadas para dejar paso al raudal luminoso que dos proyectores circulares arrojaban por encima de la pista de baile en dirección a la concha.

Oyóse a la voz del *speaker* anunciar la primera actuación de la noche.

Y acto seguido apareció en el centro de aquel océano luminoso la escultural figura de una mujer cuyos cabellos rubio plata centelleaban con áureos chispazos.

Lo mismo que las brillantes lentejuelas del vestido negro que ceñía sus rotundos y geométricos encantos, abierto en sugestiva V a la altura del muslo izquierdo.

Dijo unas palabras, llevóse la punta de los dedos de ambas manos a la boca repartiendo simbólicos besos a la concurrencia.

Besos que más de un concurrente hubiese monopolizado muy a gusto.

Se contoneó hasta llegar al micrófono y esperó a que la orquesta atacara las notas de un ritmo cadencioso, dulzón, tan romántico y

conocido como siempre nuevo y agradable.

Y cayeron las primeras palabras de aquellos labios gordezuelos que dejaban escapar una vez pastosa, flexible, rica de matices y cadencias.

«No existe...

un momento del día en que pueda apartarte de mí...».

Frankie McCasland apartó los ojos de la sugestiva rubia platino para posarlos en Alma.

Ella, era más encantadora todavía.

—¿Bailamos, muñeca?

Asintió la mujer con un gracioso mohín al tiempo que él se alzaba de la mesa acudiendo galante a retirar la silla que ocupaba Alma.

Ahora, de pie, recortada en el interior de aquel vestido verde nilo de una sola pieza poníase de manifiesto la innegable vitalidad que presidía sus exuberantes encantos.

Bastaba con mirar aquel par de bien formadas, de maravillosas rodillas, aquel doble perfil de sus piernas bien trazadas, de torno grácil cuya curva suave y perfecta nacía en los finos tobillos.

En la pista, otros que se les habían anticipado, uníanse para danzar sosegadamente.

Frankie la ciñó por la estrecha cintura trayéndola hacia él.

Alma se abandonó al viril abrazo incrustando sus encantos en la fornida figura masculina.

Movieron los pies lentamente al ritmo de la cálida voz que seguía matizando:

«No hay bella melodía en que no surjas tú,

ni yo quiero escucharla si no la escuchas tú...».

Frankie aumentó la presión que su brazo ejercía contra el cimbrenño talle.

Alma, alzó la cabeza, agitada la respiración, palpitante el erecto busto, y exclamó ahogadamente:

—¡Te amo, Frankie!

McCasland, que había alzado sus ojos azules por encima de los frágiles y desnudos hombros femeninos, tropezó en el indiferente recorrido con la silueta de un individuo que evolucionaba por las cercanías del arco que daba acceso al jardín.

Se contrajeron las pupilas del muchacho.

Y Alma, que esperaba respuesta a su espontánea confesión, captó el extraño rictus que endurecía las correctas facciones del hombre.

—¡Frankie! ¿Sucede algo? Volvió a la realidad.

—¡Oh, no, nada! Por supuesto. Es que... es que acabo de ver a un viejo amigo.

Regresemos a la mesa, encanto. No quiero que se marche sin haberlo saludado.

Regresaron al velador.

—¿Me disculpas unos minutos, Alma? —interrogó Frankie al tiempo que la ayudaba a tomar asiento.

Hizo un mohín delicioso. Pero de enfado.

—Si sólo son unos minutos...

—Vuelvo enseguida, amor. Te lo prometo.

Besó fugazmente los femeninos labios y girando sobre los talones perdióse entre los vaporosos cortinajes.

Tras cruzar en zigzag por derecha e izquierda de mesitas donde váyase a saber lo que estaba pasando, alcanzó el lugar en donde segundos antes viera al hombre.

Crispados los puños, dio un vistazo a su alrededor.

Y un profundo suspiro que vino a callar el ronco grito de satisfacción que subía por su garganta escapó de los labios de McCasland.

Captó la maciza silueta vestida de negro que se dirigía hacia el jardín serpenteando en medio de los arbustos.

Frankie, adivinando la dirección que el otro seguía, aprovechó los conocimientos que tenía acerca de la distribución del *Clube Retiro das Pedras*, de sus pasillos, entradas y salidas, para echar a correr en dirección a otra arcada de parecidas características a la que asomaba el jardín.

Con una rapidez fulgurante alcanzó la inmensa zona de aparcamiento. Muchos vehículos.

Pero McCasland sabía cuál.

De mediana estatura, recio, anchos hombros, cabello negro y algo escaso en los inicios de la frente, ojos pardos, labios finos, rostro casi cuadrado de facciones duras.

Se detuvo junto al «Oldsmobile» de color negro.

Lo mismo que el traje de elegante confección que el vestía.

Se coló en el interior del vehículo sentándose frente al volante, y puso un cigarrillo entre los labios antes de dar la llave del encendido.

Una mano brotó de improviso, como nacida en la oscuridad del compartimento trasero del auto, ofreciendo muy cerca del cigarrillo la azulada llama de un dorado mechero.

Se envaró el de los ojos pardos.

—¡Buenas noches, mi querido camarada coronel Mikhail Osipovitch Khudoleiev! —saludó una voz tan sarcástica como ominosa—. Es un placer... por inesperado más agradable, volverle a encontrar. ¿Qué tal esa salud, camarada coronel?

Trató de iniciar un movimiento.

—Yo no lo haría, amigo Mikhail —le advirtieron con claro acento de amenaza—. Sólo un pestaño mal intencionado... y se quebrara su brillante carrera.

Se apagó la llama del mechero sin que el llamado Mikhail Osipovitch Khudoleiev hubiese prendido el cigarrillo.

—¿Quién es usted?

—IS-001. ¿No le dice nada esa clave, mi querido camarada coronel? Sí, claro que sí, haga memoria. Día 22; mes, diciembre; año, 1965. Un hombre llamado Douglas Marsh, del *Intelligence Service* Norteamericano, investiga la desaparición de unos documentos secretos que establecen la ubicación de una rampa de lanzamiento de proyectiles dirigidos que se construirá en Brasil. Y como Marsh es un chico listo, descubre que cierto agregado militar de cierta Embajada se halla involucrado en la desaparición de esos documentos. Pero... ese día de ese mes de ese año, Douglas Marsh muere destrozado, despedazado, horrorosamente mutilado por un asesino internacional que opera al servicio de una determinada potencia y al que se conoce por sus bestiales gestas y por el sobrenombre de «The Sadistic». ¿De veras que ha olvidado todo eso,

coronel?

Un silencio.

—No sé de qué me habla.

Seca. Burlona. Sarcástica la risita.

—¡Qué pena! Yo, sin embargo, recuerdo perfectamente haberle oído mencionar a Douglas Marsh un largo y complicado nombre: Mikhail Osipovitch Khudoleiev.

Seguía con el cigarrillo entre los labios.

—Tengo mis derechos. Los que me otorga mi condición de diplomático.

—De espía, coronel, de espía. Todo responde a una vieja estructura concebida y llevada a la práctica por Vladimir Ivanovich Rozhkov. ¿Quiere que le haga historia, coronel? Será un placer refrescarle la memoria. 30 de junio de 1956, se expulsa al agregado naval soviético en Argentina por intentar comprarle documentos de la Armada de EE. UU. a un funcionario argentino. 8 de setiembre de 1958, Vladislav Sidorenkov, agregado soviético en Montevideo, huye al descubrirse que compró documentos secretos al empleado de la cancillería Oscar Mesuti^[2]..., sigo, coronel, ¿o no hace falta? Usted tuvo mejor suerte, ¿verdad?

A través del espejo retrovisor, Frankie McCasland observaba la tensión, el rictus que contraía las duras facciones del otro.

—¿Qué quiere de mí? Otra irónica risita.

—¡Oh, qué razonable es usted, coronel! —Y en brusco cambio de tono, conminó el que estaba detrás—: Deme el nombre de «The Sadistic» y sus señas personales. Eso... a cambio de su pellejo, coronel.

Bruscamente.

Así salió de su inmovilidad Mikhail Osipovitch Khudoleiev.

Su brazo derecho se disparó hacia delante, extendido el índice, intentando oprimir un resorte rojo que destacaba encima del tablero.

¡Plop!

Un taponazo. Ahogado.

Sin eco.

Y el hombre de los ojos pardos, facciones duras, traje negro y cigarrillo entre los labios, sin completar el movimiento iniciado, se desplomó hacia delante estrellando la cabeza contra el parabrisas.

McCasland, todavía en la diestra la extraña superautomática provista de silenciador, atrapó los cabellos tirando hacia atrás de la exánime cabeza.

Fue entonces cuando se percató de la lucecita verde que brillaba en cortas intermitencias en la parte posterior del eje del volante.

Una emisora. Transmisor-receptor.

Ello significaba que alguien había estado escuchando. Alguien que quizá no se hallaba muy lejos del lugar.

Frankie empujó la portezuela violentamente y saltó a tierra para correr por la zona de aparcamiento, centelleante, en busca de su aerodinámico «Thunderbill».

Descapotable color naranja.

Saltó por encima de la portezuela dando el arranque automático y saliendo de la zona con fulgurante y velocísimo semicírculo al tiempo que, por el otro extremo, aparecía un «Chevrolet» imponente de tonalidad azul marino, lanzado a vertiginoso tren en pos del escurridizo descapotable.

No le hizo falta mirar hacia atrás.

El potente rugido del motor que se acercaba le advirtió de que ya estaban cerca quienes habían escuchado su conversación con el coronel.

Hundió el pie sobre el pedal.

Y casi al unísono, con la zurda, accionó una de las clavijas que aparecían en un recuadro metálico situado en el centro del minúsculo tablero.

Como por arte de birlibirloque, el «Thunderbill» color naranja vio descender una capota de acero que encajó herméticamente en cuestión de segundos.

Cuando ya, por las ventanillas del «Chevrolet», asomaban los siniestros cañones de cuatro metralletas escupiendo rojos salivazos de plomo en ininterrumpido y agorero canto.

Frankie McCasland sonrió fríamente.

Y si lo lógico era aumentar la velocidad del fulgurante vehículo, hizo todo lo contrario.

Alzó levemente el pie que oprimía el acelerador.

A la vez que los dedos de su mano izquierda pulsaban otra de las clavijas del metálico recuadro.

Y así, como en un pase mágico del Gran Houdini, una plancha

blindada brotó verticalmente por detrás del parachoques cubriendo al vehículo de las rabiosas andanadas que seguían vomitando las metralletas del «Chevrolet».

En el momento de accionar una tercera clavija, McCasland redujo todavía más la velocidad del «Thunderbill».

A la altura del diámetro de las ruedas traseras nacieron dos tubos brillantes, y de ellos, repentinamente, brotó un chorro de humo expulsado por comprensión.

Una cortina de espesa e impenetrable niebla ocultó al vehículo pilotado por McCasland.

Entonces sí.

Entonces descendió su pie, con furia, sobre el disco del gas.

Y el auto, tras dar un salto inverosímil, lanzóse adelante como una saeta que zigzagueaba, en las hábiles manos del agente, por las cerradas curvas del pulido asfalto.

Muy lejos ya, lejísimos, del «Chevrolet» azul marino cuyo conductor había tenido que pisar el freno con estridente presteza para evitar la inminente catástrofe.

* * *

Frankie McCasland, echó atrás los rebeldes mechones de castaño cabello que cosquilleaban encima de su frente despejada.

Tuvo un fugaz y nostálgico pensamiento para la hermosa hembra de ojos ámbar y exuberantes encantos que seguiría sentada a un discreto y tenuemente iluminado velador del *Clube Retiro das Pedras*.

Pulsó las tres clavijas a un mismo tiempo devolviéndole al vehículo sus deportivas características iniciales.

Con la uña del dedo meñique de la izquierda levantó cuidadosamente la del pulgar de la diestra.

Acercó el dedo a los labios como suelen hacerlo quienes usan las uñas como mondadientes.

Brillaba una lucecita roja.

Era imposible describir la diminuta, por paradoja gigantesca, la inverosímil obra electrónica instalada entre la uña real y la ficticia del dedo pulgar de la mano, derecha de Frankie McCasland.

Un potentísimo transmisor-receptor de alcance ilimitado. Una

fabulosa y altamente útil miniatura.

—IS-001 llamando a

IS-000

—dijo—.

IS-001

llamando a

IS-000.

¿Me oye?

Cambio y permanezco a la escucha.

Un corto silencio, luego, la voz de Alexis H. Orakem director del *Intelligence Service*, diciendo desde Washington:

—IS-000 a

IS-001.

Te oigo. Cambio...

Frankie, sonrió, pensando ahora en la imagen severa conspicua, firme y erguida del jefe, de su tío Alexis.

Respondió:

—Respetuosamente

IS-000,

cariñosamente querido tío, profesionalmente...

—¡Frankie! —La exclamación restalló en el interior del vehículo como un latigazo—. ¡No te tolero familiaridades por más... por más... por más hijo de mi hermana que seas! ¡Adelante, IS-001!

McCasland soltó una burlona carcajada que llegó hasta Washington con perfecta nitidez auditiva.

—El coronel Mikhail Osipovitch Khudoleiev... ha fallecido trágicamente,

IS-000.

Es cuanto tengo que comunicar.

—¡Perfecto, genio del contraespionaje! ¡Escúchame bien ahora!

—Cuando Alexis H. Drake estaba enfurecido, nervioso, excitado, olvidaba los tratamientos que él mismo imponía a su sobrino para hablarle en abierto tuteo.

—Deja todo lo que estás haciendo en Brasil... ¡todo! ¿Has entendido?

—Correcto, amado tío.

—¡001! ¡Repórtate porque...! ¡Me crispas los nervios! ¡Eh...!

¿Sigues a la escucha?

McCasland hubo de esforzarse para que la carcajada no atronase los oídos del virulento Alexis H. Drake.

—Por supuesto,

IS-000.

Aguardo sus órdenes con el mayor de los respetos... me atrevería a decirle que casi con reverencia. ¿Decía,

IS-000?

El sonoro bufido amenazó con destrozar el ingenioso artefacto que había costado horas de afiligranado trabajo.

—IS-001 —le oyó decir arrastrando la voz—, como hace tiempo... alrededor de un año que no te das una vuelta por África... quiero que estés en Casablanca mañana al amanecer.

—¿De qué se trata?

—Alójate en el «Hotel Mermoz», 52, Rue Pont a Mousson. IS-009 se pondrá en contacto contigo.

—¡Sopla! ¡La bellísima agente Mildred Williams!

—¡001! No es cuestión de bromear ni tampoco de romances. Es un asunto delicadísimo al que deberás dedicar tus cinco sentidos. Si fracasas... ¡serás el culpable de un posible genocidio! —Y antes de que McCasland objetase algo, el de Washington moderó el tono de voz para preguntar—: ¿Conoces a
IS-009?

—¡Ahá! Estuvimos juntos en el Departamento de Defensa. Le birló usted al FBI los mejores elementos, ¿eh, 000?

No fue grito, ni exclamación, ni bramido. Fue aullido.

—¡Frankie McCasland! He dicho que te quiero en Casablanca... ¡mañana!, ¿lo oyes? ¡Y quiero inmediatamente noticias, resultados positivos, éxitos...!

IS-001,

lentamente, tomó la uña postiza para encajarla con pausado movimiento. Musitó antes, burlón y sarcástico:

—O. K. querido hermano de mi mamá. ¡Oh!, excúseme, señor. Cumpliré sus órdenes al pie de la letra,
IS-000.

¡*Au revoir*, tío! ¡Que te sea leve!

Y apretó la uña acto seguido.

Mientras Alexis H. Drake seguía desgañitándose frente al

micrófono de su cuadro de control en el despacho del *Intelligence Service*, sede en Washington D. C., su sobrino, Frankie McCasland, olvidaba su apariencia burlona, escéptica, despreocupada, frunciendo el entrecejo al tiempo que una pregunta repiqueteaba en su cerebro.

«¿Qué sucederá en Casablanca?». Puso el auto en marcha.

Mañana, al amanecer... Casablanca...

CAPÍTULO PRIMERO

Maravilloso y negligente descuido.

Presidiendo el cruce de aquel par de magníficas y bronceas piernas que, al término de su cobriza tonalidad mostraba un apetecible sonrosado.

Frankie McCasland, que hasta entonces escuchara en silencio el relato de la sugestiva Mildred, miró abiertamente aquel «cruce» que pedía con urgencia una señal de *stop*.

Walter Cihac, el hombre que el Servicio Secreto Norteamericano había afincado en Casablanca bajo la apariencia de un cansado millonario que enterraba sus dólares en la construcción de un sensacional motel a lo Miami, paseaba por la estancia con indiferente curiosidad.

Los vivos e inquietos ojos negros de
IS-009

se clavaron expresivamente en los de Frankie.

Sin impedir que él viera lo que estaba mirando.

Atusó coquetamente su azabache cabellera, suelta, cayendo profusamente encima del jersey *beige* que ceñía opresivo su busto ampuloso, desafiante, evidenciado con crudeza por la carcelaria lana.

—Creí que no volveríamos a vernos, Frankie. IS-001 forzó una sonrisa.

—Te has vuelto muy nómada en los últimos tiempos, Mildred. No obstante, ya lo ves, todos los caminos conducen a... Casablanca. Un asunto muy confuso éste, sí... —calló unos segundos, para agregar, interrogante—: ¿Por qué se dirigió a ti el profesor Meissner?

Mildred Williams,

IS-009

para un fichero secreto de Washington, estiró sus extraordinarias piernas en alarde perezoso.

Del reducido bolso que había dejado sobre la mesa ratona tomó un paquete de cigarrillos.

No aceptó Frankie pero sí ofreció a la mujer la llama de su encendedor.

Inhaló con fruición para expulsar seguidamente una larga y olorosa espiral de azulado humo.

—Erhard Meissner, refugiado en Norteamérica desde poco antes de terminar la Segunda Guerra —explicó ella—, se dedicó durante bastantes años a investigar en distintos campos de la ciencia y la física. Era un hombre de gran valía. Por ello nuestro Gobierno le invitó sutilmente en varias ocasiones a trabajar en centros experimentales del Estado. Pero Erhard, a quien asustaba el hecho de que alguno de sus inventos pudiera ser llamado un día a la destrucción, negóse reiteradamente a profesionalizarse en beneficio de cualquier potencia. A finales de 1962, por motivos que ignoramos, decidió trasladarse a Río de Janeiro. Ha de pensarse, lógicamente, que el profesor Meissner buscaba un lugar donde nadie se preocupara de él y pudiese desenvolverse con absoluta autonomía. Durante algún tiempo así fue. Pero a finales del pasado año, en noviembre del 65, Erhard Meissner intuyó que alguien empezaba a interesarse en su persona... mejor dicho, en su tarea científica. Quizá fuese un temor absurdo puramente imaginativo, pero él solicitó protección. Primeramente fueron enviados tres agentes del CIA para comprobar si los temores de Meissner eran fundados, luego, al mes siguiente yo fui designada para investigar el asunto. Entonces conocí al profesor. Nos vimos un par de veces. Durante el transcurso de nuestra segunda entrevista me habló de su propósito de trasladarse a Grecia y seguir allí sus trabajos. Luego, Frankie, ya sabes. Fui enviada a Atenas como agente enlace...

IS-001

hizo un ademán. La interrumpió. Preguntando:

—¿Qué era en realidad lo que Meissner pretendía descubrir o inventar?

Mildred, coquetamente, ajustó las medias a sus tobillos aparentando deshacer unas inexistentes arrugas.

—Poco sabemos de eso, Frankie. Se supone que Meissner trataba de conseguir una mezcla de hidrógenos e hidrocarburos, diríamos un gas normal, pero sometido a presiones y temperaturas muy superiores a las ordinarias para comprimir sus moléculas en un reducidísimo espacio que luego, por un nuevo medio de expansión, proporcionase una energía superior y un mínimo consumo. Pero, merced al desdichado accidente que te he narrado, el profesor dióse cuenta con la subsiguiente desesperación, de que su último ensayo había culminado en un *Leuchtgas Mörderisch*^[3] de caóticas propiedades.

Frankie McCasland permaneció ensimismado durante varios segundos.

—Extraña reacción la suya —musitó sin apenas mover los labios —. Enviar ese muchacho con la fórmula...

Mildred apartó el cigarrillo de la boca al tiempo que imponía de nuevo a McCasland de la perfección de sus extremidades inferiores.

Dijo:

—Conociendo, aunque superficialmente, el carácter de Meissner, la reacción puede juzgarse como lógica. En un principio, yo pensé lo que tú ahora. Al encontrar muertos a sus ayudantes, el profesor se horrorizó. No tenía otro remedio que comunicar lo sucedido a las autoridades griegas... el porqué y el cómo. Aquella fórmula descubierta trágica y accidentalmente, de saberse, podía convertirse en un peligroso enemigo de la humanidad. Por eso se puso en contacto conmigo, él sabía de mi domicilio en Atenas, comunicándome que su ayudante y pupilo Paul von Lutze partía rumbo a Casablanca con una fórmula que sólo entregaría a un representante autorizado de Estados Unidos. Nuestro director, Alexis H. Drake, juzgó que fuese yo misma quien asumiera la misión. El resto, ya lo sabes.

Frankie, de reojo, dio un vistazo al inquieto Cihac, que no cesaba en sus idas y venidas.

—Oye, Walter —le dijo—, ¿te importaría dejar esos paseítos? Me estás poniendo nervioso.

El aludido, luego de girar en seco para encararse con McCasland, enarcó las cejas.

—No te irrites, muchacho. Si estuvieras condenado a la maldita inactividad de agente del SS en funciones de posadero... tendrías

los nervios más sosegados. ¡Vaya que sí!

—Disculpa que no me ría —repuso

IS-001

con sorna—. El chiste es muy malo. Y devolvió su atención a la exuberante anatomía del «bomboncito» del *Intelligence Service*.

Mirándola con cierta intención, musitó como si hablara consigo mismo:

—Abres la puerta del *bungalow 111*... Encuentras a quien lógicamente debe ser Paul von Lutze destrozado. Rúbrica y huella de «The Sadistic». Sales huyendo... tropiezas con Walter y regresáis juntos al *bungalow*. Ahora, Paul von Lutze, reconstruido con cinta adhesiva, está dormido. El amigo Cihac dice que drogado. Y eso confirma el médico. Una dosis regular de *Narcomenol*. Paul von Lutze, al volver en sí, sólo recuerda haber acudido al motel, alquilado el *bungalow 111*, entrado en él... luego, se desvanecen todos los recuerdos. Y la fórmula casualmente descubierta por Erhard Meissner... se ha esfumado. Correcto.

Se hizo un silencio.

Y fue el propio McCasland quien lo truncó, al decir:

—Dos cosas no están nada claras. Por no decir que todo este asunto es un caos de confusión. Primero, el monstruoso crimen cometido en la persona del profesor. Si lógicamente lo relacionamos con su descubrimiento... sólo se puede sospechar de las personas que estaban enteradas del asunto; sin embargo, ese crimen es *made in «The Sadistic»*. ¿Significa ello que existe entre nosotros un traidor que colabora con ese asesino internacional? Luego, el Paul von Lutze que tú viste mutilado... ¿quién lo «reconstruyó» en tan corto espacio de tiempo, borró las huellas de sangre, lo drogó y se hizo con la fórmula? Si yo fuera un tipo inteligente, sospecharía de ti... Mildred Williams.

La muchacha, viva y desagradablemente sorprendida, soltó un sonoro respingo.

—¡Frankie! Sonrió burlón.

—He dicho... «si yo fuera un tipo inteligente». Como no lo soy, prefiero sospechar del amigo Walter Cihac. Tanta inactividad, su condena a «posadero» perpetuo...

El agente del SS fulminó a McCasland con la mirada.

—Tus bromas tampoco son demasiado graciosas, Frankie.

IS-001,

que parecía burlarse hasta de sí mismo, dio un manotazo en el aire.

—¡Bah! —exclamó—. Tampoco puedo sospechar de ti, Walter. Estabas en Casablanca cuando Meissner fue asesinado. Lo que me desconcierta... lo extraño... es la presencia de «The Sadistic». Un asesino desconocido al que llevamos buscando hace dos años... un ser misterioso cruel, sanguinario, que aparece y desaparece como el fuego fatuo... —se interrumpió. Y cambiando bruscamente el tono de su voz, hasta entonces recitando sus: pensamientos, preguntó a la bella muchacha—: ¿Dónde está Von Lutze?

—En su hotel. Hay algo... —Pareció titubear unos segundos—, hay algo extraño en ese hombre, Frankie.

—¿Y es? —interrogó con indiferencia el aludido.

Mildred se humedeció los labios con la punta de la lengua.

—Su rostro... es idéntico al de la fotografía que me facilitó Meissner, sí. Pero debajo del ojo derecho, casi en el pómulos, el Paul von Lutze que primero vi ensangrentado y luego dormido... tiene una diminuta cicatriz.

Y esa cicatriz, no es visible en el retrato.

McCasland retiró los cabellos que caían sobre su frente.

—¿Qué estás insinuando, Mildred?

Walter Cihac, de un modo desabrido, se plantó frente al otro, soltando:

—Lo que ya debieras haber comprendido, «genio». Que existen dos Paul von Lutze. El verdadero, está muerto... es el que Mildred vio destrozado. El otro, ése al que inyectaron Narcomenol, es un bien logrado sosia que no tiene otro objeto que distraer nuestra atención.

Frankie McCasland, con su sempiterna expresión burlona, miró al del SS de abajo arriba.

Murmuró:

—Maravillosa deducción, «míster Holmes». Pero... ¿tiene inconveniente en explicarme cómo puede destrozarse a un hombre, llenar con su sangre un *bungalow*... y en cinco minutos dejarlo todo intacto, incólume, como si nada hubiese pasado?

¿Cómo sacaron los restos... digamos del verdadero Von Lutze y limpiaron el sangriento océano que describe Mildred? ¿O acaso debo creer que ella sufre alucinaciones?

—Creamos lo que creamos —habló Walter Cihac—, lo evidente es...

—Lo evidente es —le atajó Frankie—, que la fórmula del profesor Meissner ha desaparecido. Y más evidente todavía, mi querido colega, el hecho de que si esa fórmula sale de Marruecos y va a parar a las manos que yo imagino... medio mundo puede morir intoxicado cuando menos se espere. ¿Correcto?

El hombre del SS inclinó la cabeza eludiendo la respuesta. Tampoco Mildred Williams pronunció palabra alguna.

Campeó el silencio por la estancia durante varios minutos.

—Washington te ha enviado para que solventes la papeleta, ¿no? —soltó Walter Cihac con evidente despecho—. Tú verás pues lo que te conviene hacer.

IS-001

no se inmutó.

—Por supuesto, Walter, por supuesto. Empezaré visitando a Paul von Lutze.

¡Mildred!, lárgame esa foto. Luego, esta noche, alquilaré el *bungalow 111* de su motel... «señor posadero».

La muchacha había sacado del bolso el retrato de Paul von Lutze en el mismo momento que Walter caminaba hacia Frankie con un destello de violencia chispeando en sus ojos castaño oscuro.

—Yo, en tu lugar —pronunció McCasland con voz glacial—, no ensayaría un ademán agresivo, Walter. Teóricamente llevas mucho tiempo inactivo y estás en inferioridad de condiciones. Además, me parece denigrante querellar entre nosotros. Hay mucho en juego, y como bien has dicho, Washington me ha enviado para solventar esta difícil papeleta. ¿Dónde estarás por la noche, Walter?

Encajando las mandíbulas con fuerza, diríase que con rabia, tardó en responder:

—En mi despacho del motel. ¿Debo aguardarte?

—Debes...

Y en el aire quedaba una silenciosa y elocuente invitación a que abandonara la estancia.

Así lo hizo, mascullando una frase de despedida y mirando a Mildred de manera abierta, intencionada, significativa.

Tan significativa, que las mejillas de ella enrojecieron.

Pero no bien hubo desaparecido Walter cuando se lanzó

apasionadamente en brazos de McCasland, murmurando con vehemencia:

—¡Frankie... mi vida, bésame! Como entonces, amor. He deseado tanto estar entre tus brazos...

Sí, como entonces.

Igual que en un pasado reciente que los había unido reiteradamente. Incluso un día, hablaron de casarse.

Pero ahora, después...

Frankie McCasland, sintiendo contra sí el tibio contacto de aquella figura pletórica de vida y ardor, de la vibrante escultura de carne que ansiaba entregarse al amor como antaño, olvidóse de todo por unos instantes.

Los que empleó en aprisionarla entre sus brazos y buscar su boca en beso cálido y prolongado.

Una caricia siguió a otra.

—Frankie... —jadeó febrilmente—, amor, el jersey... Sí, estorbaba.

CAPÍTULO II

Los rojizos reflejos de la puesta del sol crepitaban ya en el horizonte enviando esquiras ígneas sobre el Gran Zoco de Risani.

Vestigios de la antigua Casablanca con el exótico misticismo de oriente, flotando en el aire un sabor casi palpable mezcla de azahar, yerbabuena e incienso, danzando las hembras en mitad de nutridos corros al acorde de flautas y panderetas, sentados en tierra los hieráticos encantadores de serpientes con varios ofidios enroscados al cuello.

Penetrar allí era retroceder cien, quizá mil años, en busca de una civilización tan primitiva como llena de encanto.

Rostros cetrinos coronados por turbantes de blanco algodón, barbas pobladas, sucias, anárquicas perillas, carnosos y ajados labios que sostenían indolentes interminables pipas de humeante aroma.

Y la belleza sin igual de las mujeres hebreas con sus chales anaranjados, sus extraños peinados y el vaporoso velo blanco.

Frankie McCasland, buen conocedor de la idiosincrasia de aquellas gentes que componían un lienzo humano dispar y abigarrado, caminó despacio dejándose asaltar por los chiquillos medio desnudos que acudían hacia él con las manos extendidas.

El extranjero, era allí fácilmente reconocido. Y mucho más el americano.

—¡Sidi! ¡Sidi! ¿Tener dólar? Dólar.

IS-001

pensó, no sin tristeza, casi avergonzado, en lo humillante que resultaba ser apreciado y asediado sólo por la moneda.

Prueba fehaciente de que sólo se reconocía un valor: DOLAR.

Zafándose al filosófico pensamiento, no por ello menos real, se

internó en aquel laberinto intrincado de callejas que componían el casco antiguo de la Casablanca auténticamente marroquí.

Hasta parecía imposible que al otro lado, a pocos minutos de distancia, existiese una ciudad febril, activa, industrial, con sus anchas avenidas flanqueadas por el verdor de las palmeras, con los edificios tan modernos o más que en cualquier capital europea.

Los desagües corrían por el mismo centro de los angostos callejones formando una canal hundida, pestilente, fétida, por la que circulaba un turbio riachuelo mezcla de excrementos diluidos en orín.

La humedad se hacía extensiva al desigual empedrado que, en algunos tramos, formaba charcos y lagunas donde los zapatos quedaban empapados.

Pero todo eso se convertía en algo normal, corriente, algo que se asimilaba con facilidad cuando el pensamiento de un hombre era crisol de preocupaciones, fundición de graves responsabilidades.

Minutos después, Frankie McCasland dejaba atrás el lóbrego y tortuoso barrio para asomar, de nuevo, al extremo final de la Casablanca moderna, parisina.

Cruzó la Route de Mediouna pasando al Boulevard Abdallah Ben Yacine.

Y de aquél, dos travesías más adelante, pasó a la Rue de Mustapha El Maani.

Número 47.

«Hotel Gambetta».

No era precisamente en el que se ubicaban los turistas millonarios, pero tampoco una porqueriza.

Regular y pasable.

Una superdotada israelita de largos cabellos negros e inmensos ojos color crema estaba instalada tras el mostrador de recepción con toda su «artillería» por delante.

No era extraño que Israel hubiese conseguido la independencia.

Con sólo enviar dos mujeres como aquélla a la guerra, los chinos se olvidarían de las bombas de tantos megatones para dedicarse a fabricar peladillas y caramelos de café con leche.

¡Menudas credenciales!

—¿El señor Von Lutze? Ella parpadeó.

Y el tiempo que se inclinaba hacia delante, acodándose sobre el

mostrador de una forma superprovocativa, inquirió sin responder:

—¿No desea una habitación?

Frankie, con rictus cándido, abrochó cuantos botones de la rojiza blusa se hallaban fuera de su respectivo ojal.

Nada dijo la hermosa. Ni se movió.

—Así está mejor, reina. Me hago viejo, ¿sabes? Y se dice por ahí que la senectud está íntimamente relacionada con cierto color que abunda mucho en el campo.

¿Cómo te llaman los amigos?

Separó la carnosidad de sus labios jugosos para decir:

—Ruth..., pero tú puedes llamarme querida.

La paisana de Poncio Pilatos no se andaba con remilgos. Sabía lo que quería... y lo que es peor, sabía cómo conseguirlo.

IS-001

dudó unos segundos entre devolver o no los botones a la posición en que los había encontrado.

Ruth adivinó la vacilación.

—Hazlo.

El vestíbulo, desierto, fue mudo y silencioso testigo del beso que Frankie clavó en aquellos labios tiernos y sensuales.

Se olvidó de la botonadura.

—Ahora, querida, con tu permiso, subiré a charlar con mi amigo Von Lutze.

Habitación treinta y dos, ¿cierto?

Ruth se movió de una forma algo difícil de explicar, pero infinitamente fácil de adivinar.

—Cierto, muñeco. Ascensor al canto.

Que por cierto parecía una caja de cadáveres. Piso tercero.

Habitación treinta y dos.

McCasland apretó el zumbador, que se dejó oír con estridente sonoridad. En vano esperó respuesta a su llamada.

Pacientemente, transcurridos un par de minutos,

IS-001,

tras dar un vistazo a uno y otro lado del pasillo, no se molestó en hacer funcionar de nuevo el timbre.

Del forro de su chaqueta, por la parte inferior, extrajo un estuche plano que contenía varios artilugios de finísima lámina metálica.

Con uno de ellos, haciendo gala de una rapidez y maestría que hubiese dejado boquiabierto a un «caco» jubilado, abrió la puerta cerrándola una vez dentro.

El reducido vestíbulo se hallaba sumido en la oscuridad. Frankie avanzó con precauciones.

Hasta desembocar a una salita que tenía puertas a derecha e izquierda. Dormitorio y baño.

Y al fondo, el balcón.

Dos butacas, una mesita con teléfono, el mueble bar... No estaba del todo mal el hotelito... ¡y la recepcionista! Pero algo no estaba en su sitio: Paul von Lutze.

Mildred le había dado orden de que no abandonase el hotel bajo ningún concepto. Ruth, la explosiva hebrea, había comprobado si la llave estaba en el casillero.

Y como no, era señal de que el ayudante de Erhard Meissner debía hallarse en su habitación.

Pero, no.

¿Por dónde se había largado? ¿A qué?

No tenía en Casablanca más contacto que Mildred..., pero según ésta, Paul von Lutze no era el genuino ayudante de Meissner.

¡Para volverse loco!

Frankie, después de recorrer la habitación meticulosamente, rindióse a la evidencia.

Su compañera

IS-009

podía estar en lo cierto. El sosia de Von Lutze había levantado el vuelo.

¿Y la fórmula?

McCasland se mesó los cabellos con cierto abatimiento. Ya no era el sempiterno burlón, el escéptico recalcitrante que de todo y todos se reía.

Era

IS-001.

Consciente de que aquella fórmula desaparecida podía desencadenar la hecatombe más terrible que conociera la historia.

¿Por qué diablos no la habría quemado Meissner? Fue de repente.

En realidad, Frankie McCasland no supo cómo ni cuándo

sucedió.

Una densa niebla, una tupida muralla brumosa convirtió la atmósfera en algo espeso y palpable, en cortina opaca que cegaba por su pegajosa blancura.

No veía nada. Sí, sí veía algo.

Una zarpa de negruzco terciopelo que emergía entre aquel sudario de agobiante niebla.

¡Cinco delgadísimas y arqueadas uñas! Que se aproximaban en busca de su rostro.

Frankie McCasland, en fracciones de segundo, comprendió la realidad.

La terrible y agorera realidad.

¡«The Sadistic»!

Y empezaba a comprender el porqué de aquellos horribles crímenes.

¡Dos!

Dos garras que se acercaban lentamente. Pero no veía otra cosa.

Dos velludas zarpas de terciopelo que se disponían a desgarrar su carne. A destrozarlo.

Sólo veía aquellos negros tentáculos. Cerca..., muy cerca..., cerquísima.

¡Ya casi le rozaban las afiladas uñas!

Y seguía inmóvil, atónito, desconcertado, ciego... Sin ver.

Se alzaron las zarpas..., se alzaron...

Y Frankie McCasland,

IS-001,

seguida clavado en tierra..., ¡sin moverse!

Empezaron a descender. Con lentitud primero...

¡Vertiginosamente luego!

CAPÍTULO III

En la última fracción de segundo. Así nació la reacción de IS-001.

Se dejó ir en tierra, buscando un suelo que no parecía encontrar nunca en medio de aquel océano de tupido algodón.

Eso le salvó.

Porque ambas zarpas habían descendido al unísono.

Escapando a su sangriento trazado, por milésimas de milímetro, el rostro de Frankie.

Se sabía en tierra.

Pero creía estar flotando sobre una nube.

Algo muy extraño dificultaba, no sólo la visión, sino también sus movimientos. Los músculos, de natural elásticos, no obedecían los dictados de su cerebro.

Había premiosidad, torpeza, pesadez, en todas sus articulaciones. Cerca de él percibió un ronco jadeo.

Algo así como el apagado aullido de una bestia sanguinaria, de un animal ávido del rojizo líquido.

Una pesadilla horrenda.

Porque las zarpas se hicieron de nuevo visibles buscando por segunda vez su rostro.

McCasland, casi inerte, se dijo para sí que el fin había llegado.

De nuevo las garras trazaban su criminal y sádica elíptica con rapidez centelleante.

Un último y agónico esfuerzo que aunó las pocas energías que no habían escapado de sus músculos, le permitió dar un lento pero eficiente giro que le llevó lejos del mortal zarpazo.

Y entonces, comprendiendo que si perdía un segundo más su suerte estaría definitivamente echada, golpeó con toda la fuerza que

consiguió reunir, en instintivo y sobrehumano alarde, el canto de ambos zapatos contra el suelo.

Al instante, brotó una cegadora llamarada rojiza, incandescente, de vivo escarlata, que se impuso al tupido blancor que inundaba la estancia.

A intervalos de un segundo fueron sucediéndose las vivaces llamaradas hasta un número de diez.

El diabólico resplandor iluminó la habitación a imagen y semejanza del más espeluznante de los pasajes infernales.

McCasland vio el bulto que se movía con rapidez y escuchó el bestial alarido de rabia.

Concentró su cerebro en un solo pensamiento y dictó la orden como en fugaz sesión de autohipnotismo.

La automática... la automática... la automática... la automática... la automática... En un segundo su cerebro pronunció aquella palabra cientos de veces.

Hasta que brotó en su mano la espectacular pistola provista de silenciador en el preciso instante en que coincidiendo con el ocaso de la última llamarada, su siniestro y sádico enemigo disponíase a iniciar un nuevo ataque.

Oprimió el gatillo sin precisar el blanco ni muchísimo menos.

¡Plop!

Siguió apretando, a la vez que movía la diestra en abanico.

¡Plop! ¡Plop! ¡Plop! ¡Plop!

El ahogado eco de los disparos le permitió escuchar un nuevo aullido y el correteo de unos pies que imprimían centelleante velocidad a su huida.

IS001 soltó la superautomática.

Apoyó la palma de ambas manos en tierra, jadeante, entrecortada la respiración, exhausto.

Transcurrieron varios minutos.

Lentamente fue disipándose aquella neblina rojiblanca que había convertido la habitación en un abismo mefistofélico, en un espeluznante reducto por el que la muerte había rondado muy cerca de Frankie McCasland.

IS-001.

Le costó acompañar la respiración, le costó regresar a la realidad, le costó hacerse a la idea de que estaba vivo de auténtico

milagro.

«The Sadistic»... una máquina de matar, un complejo maquiavélico de cómo verter sangre, un asesino dotado de infalibles procedimientos para consumir con éxito sus demoníacos crímenes.

El como muchos otros, había corrido por distintos lugares del mundo en busca de aquella bestia.

Brasil, último escenario de sus hazañas.

Pero ahora, su huella sangrienta hacía acto de presencia en Atenas, en Casablanca... y él, con la suerte que Douglas Marsh no tuviera, había escapado providencialmente a las garras del asesino que con tanto ahínco deseaba encontrar.

Turbia la mirada, confusa la vorágine que cual mar embravecido enviaba sus olas de incomprensible espuma a chocar violentamente contra los acantilados de su cerebro,

IS-001

consiguió incorporarse.

Mesó sus indómitos cabellos.

Limpió el sudor frío que perlaba los pliegues de su frente.

Volvió a inclinarse para recoger la automática y colocarla maquinalmente dentro de la funda axilar.

Miró en torno a sí con ojos estrábicos.

Ya se había disipado aquella neblina siniestra, ya se había desvanecido en el aire aquella pesadilla espectral.

Fue entonces, pasados unos segundos, cuando al recobrar la plena lucidez su pensamiento trabajó, a velocidad de vértigo.

Tratando de componer la situación. De encontrar una idea concreta que definiese...

¡Una idea concreta!

La evidencia saltó contra su frente con igual fuerza que si acabara de propinarse una palmada.

La evidencia...

¡Sólo dos personas sabían que acudiría en busca de Paul von Lutze!

MILDRED WILLIAMS..., WALTER CIHAC...

¡No, no podía ser! ¡Era un insulto pensar aquello! ¡Un agravio a sí mismo dar cabida a semejante idea!

Dos personas que defendían los mismos ideales que él.

Dos seres que a lo largo de mucho tiempo habían probado, puede que hasta con heroísmo, su lealtad a los principios jurados.

Se apretó las sienes con ambas manos. Para enloquecer.

Porque la evidencia, pese a todo, seguía siendo innegable..., implacablemente acusadora..., como el dedo índice de un fiscal extendido inflexible sobre un reo convicto y confeso.

Mildred. La que había estado entre sus brazos, pedido sus caricias, acariciado...

¡No!

En un rapto de brusca decisión, Frankie McCasland huyó al torbellino de confusión creado en su cerebro.

Tenía que actuar..., ¡actuar! ¡ACTUAR!

Porque sobre su espalda pesaba la grave responsabilidad de hacerse con aquella fórmula descubierta trágica y accidentalmente en el laboratorio que Erhard Meissner construyera en un lóbrego callejón de la vieja Atenas.

Iera Odos, 26.

Cuadró los hombros, en elocuente y resolutivo gesto, dispuesto a la acción, decidido a hurgar en aquel misterio incomprensible, demasiado claro quizá, que le llevaría a jugarse de nuevo la vida frente al peligroso enemigo de las zarpas velludas.

Pero

IS-001,

confiando en sus propias fuerzas, sintió como jamás había sentido... hervir la sangre en sus venas..., experimentó un incontenible deseo de enfrentarse nuevamente a «The Sadistic».

Porque en aquella cara y cruz de la enorme moneda que era en realidad su mundo, McCasland volvía a sentirse firme, seguro de sí mismo.

Sus ojos se clavaron unos segundos en el abierto balcón por el que había huido su enigmático enemigo.

Iba a girar cuando sonó la voz. Oyó:

—¡Frankie! ¡Frankie! ¿Qué ha sucedido? Giró bruscamente

IS-001.

Hasta que su mirada tropezó con la dúctil figura femenina, con el rostro hermoso, exótico, lleno de encanto y misterio, seductor...

El rostro de ella. De ella...

CAPÍTULO IV

¡SÓHORA BEN ABSELAM!

Como la viera por última vez aquel día de setiembre en el aeropuerto de Tánger.

A su memoria, alzándose por encima del caos, fundiendo todos los demás pensamientos, vinieron aquellas palabras que él había pronunciado con apasiona —miento, con íntima convicción:

«—Eres doblemente hermosa, doblemente enigmática..., diferente a todas, distinta..., única, y yo volveré. ¡Te quiero, Sóhora! Y volveré para llevarte conmigo».

Ahora, como en angelical susurro, creía percibir sobre sus oídos el bálsamo de la cálida voz femenina, respondiendo:

«—Olvidarás, Frankie, olvidarás. Aunque quisieras, aunque lo desearas, no podrías volver. Ésa es tu vida, ir de un lugar a otro, conocer mujeres hermosas, enigmáticas, exóticas... recuerdos que han de morir un día u otro para dejar paso...».

¡Sóhora Ben Abselam!

Naciendo de nuevo en otro escenario de intrigas y misterios, alzándose sobre las cenizas de un amor que nunca había llegado a apagarse.

Como aquel día en que la conociera...

Rojo el pantalón, ceñido a las rotundidades de su cuerpo esplendoroso. Y la negra blusa de gasa anudada por los extremos, con negligencia, sobre el cimbreño talle.

Extraordinariamente bella. Orientalmente bella.

No..., no podía existir otra tan hermosa. No podía haber en el mundo otra belleza tan serena, tan misteriosa, tan profunda, tan dulce, tan fresca y suave.

Ni dos esmeraldas tan maravillosas como aquel par de ojos

inmensos que refulgían con brillo y luz propia en la cárcel de unas órbitas oblicuas, prolongadas hasta las sienas.

El silencio irreal, fantástico, tenso y emotivo que se había adueñado de los dos seres estalló, brusca y apasionadamente, en la exclamación que brotó en labios de ambos:

—¡Sóhora...! ¡Pequeña! ¿Es posible que seas tú?

—Sí..., ¡sí, Frankie! El destino vuelve a cruzar nuestros senderos...

Y el destino les llevó a salvar la distancia que los separaba y fundirse en tierno abrazo, en vehemente explosión de amor contenido, en hermoso despertar a un sueño largo y profundo.

Se unieron sus labios en limpio y puro ósculo que fusionó sus respiraciones en crisol paradisíaco.

Detrás de la pareja, estáticos, impertérritos, inexpresivos, los dos gigantes, cruzados los brazos, apretados sobre el torso.

Duguar y Soleimán.

Aquellos que habían salvado la vida a McCasland cuando se hallaba irremisiblemente condenado a morir en una gigantesca cubeta sometida a la temperatura de 270º bajo cero, en el sótano de un inmenso edificio de la Kasbah.

Lentamente, deshicieron el estrecho abrazo.

Frankie la tomó por aquellos frágiles y cálidos hombros, apartándola, para recorrer con avidez su figura esplendorosa.

—Sóhora..., ¿cómo estás tú aquí, pequeña?

Una dulce sonrisa ocupó los húmedos labios de la mujer.

—Te lo dije entonces, Frankie. Poseemos contactos en las cinco partes del mundo. Y no me jacto, al repetirte hoy que obramos con mayor eficiencia que muchas organizaciones que cuentan con toda clase de medios y modernos ingenios; que disponen de un potencial económico un millón de veces superior al nuestro.

Frankie siguió mirándola arrobadamente.

—Sí... —musitó—, es muy cierto lo que dices. Te debo mi vida. A ti y a ellos...

—Olvida eso, Frankie.

—Puedo olvidar eso, Sóhora. Pero a ti... no te he olvidado. Ni podré olvidarte jamás.

Las tersas manos de la muchacha acariciaron con infinita ternura el rostro de McCasland.

—No has cambiado, amor. Sigues como entonces..., igual que como yo te he soñado una y otra noche.

Sus labios volvieron a encontrarse de un modo fugaz.

—Sóhora..., perdóname, pero... ¿qué estás haciendo en Casablanca? Ella le tomó de una mano.

—Vámonos de aquí, Frankie. No es el lugar indicado para extenderse en explicaciones.

IS-001

dejóse llevar por la hermosa marroquí.

Duguar y Soleimán salieron de la habitación tras ellos.

—Usaremos la escalera de emergencia —susurró Sóhora. Así lo hicieron.

CAPÍTULO V

Un largo y estrecho pasillo con piso de cemento desembocaba al patio de paredes calcinadas.

Lo circundaban naranjos, y entre ellos, como si se ocultara subrepticamente, asomaba el penacho verdoso de alguna estirada palmera.

En el centro, protegida por una semicircunferencia de cristal fragmentado en diminutos prismas de variado y profuso colorido, una fuente de piedra goteaba cantarina sobre el estanque adyacente bañando nenúfares y azucenas.

Sólo el rítmico y musical chapoteo del agua en el agua turbaba la quietud reverente de aquel rincón umbrío.

Maravilloso reducto de paz y lasitud que inundaba el espíritu de una especie de tranquilo y reconfortante bálsamo etéreo.

Frankie caminó en pos del cimbreado cuerpo femenino, deleitándose en el cadencioso oscilar de las bien formadas caderas que aprisionaba la negra y brillante tela.

Ni el artístico encanto del lugar fue suficiente para abstraer su pensamiento y alejarlo un solo segundo de la hermosa marroquí de bellos y encendidos ojos verdes.

Dejaron atrás el calcinado patio con su cantarina fuente y su encantador estanque.

Cruzaron un arco ojival y penetraron en una sala de altas paredes que componían un perfecto y geométrico rectángulo.

El suelo estaba cubierto por una estera de junco y cáñamo; sobre ésta, en el centro, relucía una pequeña bandeja de metal sosteniendo una humeante tetera y dos vasos estrechos y alargados.

Dos eran también los almohadones, mullidos, color oro, situados a izquierda y derecha de la corta bandeja.

Sóhora indicó uno de aquéllos.

—Siéntate, Frankie. Lo hizo.

Y la bella muchacha le imitó, haciéndolo enfrente.

Con ágiles movimientos tomó tetera y vasos llenando estos últimos de la aromática infusión.

El típico té del Islam.

IS-001

bebió a pequeños sorbos mirando a Sóhora con los azules ojos a ras de cristal.

Dejó el vaso encima de la bandeja, apartó aquellos tozudos mechones que se empeñaban en cosquillear su frente, extrajo el paquete de cigarrillos y prendió uno aspirando el humo con fruición.

Una tenue espiral escapó lentamente de sus labios.

Aún transcurrieron varios segundos de silencio, durante los cuales se hallaron fundidas en una sola las miradas de ambos.

Ella lo truncó, inquiriendo con su voz de suave matiz, que sonaba a deliciosa caricia:

—¿Has venido por lo de la fórmula del profesor Meissner?

Cabeceó Frankie afirmativamente.

—Sí. ¿Sabes lo ocurrido?

—Al dedillo, Frankie.

—¿Estás interesada en esa fórmula, Sóhora?

Negó, agitando la suelta melena que, de tan negra, despedía azulados destellos.

—No. Nada de eso. Y quiero que seas tú quien la recuperes. Creo que en manos de los hombres a quienes sirves no será empleada nunca como instrumento asesino.

McCasland, acariciándose el curtido mentón, musitó:

—No acabo de comprenderte, Sóhora. Dices no estar interesada es esa fórmula; sin embargo, estabas sobre la pista de Paul von Lutze. Obvio que por ello nos hemos encontrado en su habitación.

Sonrió deliciosamente.

—Así es, Frankie. Pero al seguir las huellas de un Paul von Lutze, que al igual que tu compañera Mildred Williams opino no es el verdadero, sólo pretendo llegar hasta el hombre que maneja los hilos de una red de espionaje, de un ser despreciable que vende cuantos secretos caen en sus manos al mejor postor y que ha

ubicado su sede en Casablanca comprometiendo a mi país en sus mezquinas intrigas.

—¿Conoces su identidad?

—La sospecho... y tú también, Frankie.

IS-001

asintió lenta y pausadamente. Musitó:

—La última vez que estuve en Marruecos, lo sabes, fue para enfrentarme a un traidor que se escudaba en la impunidad de un cargo noble y lealmente confiado para servir intereses enemigos a su patria. Hoy, la historia se repite. Entonces era una mujer llamada Mavis Beymer. Ahora, un hombre llamado Walter Cihac. Un agente del Servicio Secreto Norteamericano. Es él, ¿verdad?

Sóhora entrecerró sus largas y rizadas pestañas.

—Sí, Frankie. Me ha costado mucho llegar hasta él. El falso Paul von Lutze es el providencial as de la baraja que puede confirmar mis sospechas...

—No hace falta —la interrumpió McCasland—. Sólo él pudo planear con tanta perfección lo ocurrido en el *bungalow 111* de su propio motel, cuando el verdadero Von Lutze se disponía a entregar la fórmula a Mildred Williams. Sólo él ha podido enviar a ese misterioso asesino, llamado «The Sadistic», a la habitación del hotel en que se alojaba el pretendido ayudante de Meissner. Mildred y él eran los únicos que estaban al corriente de mis propósitos... Las evidencias, Sóhora, son abrumadoras. No es necesario el testimonio del falso Von Lutzer quien, por otra parte, es muy posible no volvamos a ver.

Sóhora admitió en silencio los razonamientos del agente Frankie McCasland del *Intelligence Service* Norteamericano.

Tras un intersticio en el que ambos se mantuvieran callados, preguntó la hermosa musulmana:

—¿Cómo piensas actuar?

Pareció que el de los castaños cabellos y sorprendentes ojos de translúcido azul, meditaba la respuesta con largueza.

Musitó, al fin:

—Con la mayor serenidad, pequeña. Sin precipitar los acontecimientos. No sólo se trata de capturar a Walter Cihac y obtener la fórmula. Existe un siniestro asesino llamado «The Sadistic»... que ha estado en un tris de eliminarme hace unos

minutos, el cual parece estar trabajando últimamente en colaboración con Cihac..., al que tengo enorme interés en «saludar». Hace dos años cometió su primer trabajo sangriento. No se trata de un delincuente vulgar, sino de un profesional del crimen adiestrado y preparado concienzudamente para actuar en el mundo del espionaje. Son muchos los agentes de distintos organismos que lo están buscando denodadamente. Hoy he podido experimentar en mí mismo cómo actúa ese especialista del asesinato.

Hizo una pausa que Sóhora aprovecho para insinuar:

—¿Entonces...?

—Necesito a Walter Cihac... VIVO. Él debe conocer la identidad de «The Sadistic» y su escondrijo en Casablanca. A un traidor es noble traicionarle, ¿no crees? Pondré las cartas boca arriba ofreciéndole mi silencio a cambio de que me revele la personalidad de ese criminal. ¿Entiendes?

Asintió la muchacha.

—Sí..., pero lo considero un tanto arriesgado. Cuando Walter Cihac esté al corriente de que sabes positivamente su doble juego..., ¿crees que se cruzará de brazos?

IS-001

sonrió amplia y fríamente.

—Por supuesto que no, pequeña. Espero que me proporcione la oportunidad de matarlo en una noble lid que no merece. Las órdenes de mi departamento a este respecto son estrictas. *Los traidores no deben ser juzgados.* La frase es por demás elocuente.

Sóhora, con aquella vehemencia tan propia de su raza, con el apasionamiento característico que sus antepasados le habían legado, abrió el profundo misterio de aquellos ojos verdes y brillantes, exclamando:

—¡Estaré a tu lado, Frankie! Era inútil tratar de disuadirla.

McCasland no lo intentó, pero ella, adivinando las objeciones que cruzaban al otro lado de la despejada frente salpicada de castaños destellos, agregó resuelta:

—Acabo de cederte la iniciativa en un asunto que estaba dispuesta a culminar por mí misma. Nuestro objetivo, aún diferentes las causas, es común. Por otra parte, tú solo no puedes vigilar a dos peligrosos enemigos al mismo tiempo.

Frankie sí podía ahora objetar que había sido muy capaz de

vigilar a dos, a tres, hasta cinco enemigos peligrosos y salir triunfante en la contienda.

No lo dijo.

—Hay otra persona a quien debemos proteger, Sóhora —habló a continuación—. Su vida puede correr tanto riesgo como la mía.

—¿Mildred Williams? —inquirió la mujer.

—Efectivamente.

—Desde esta noche y hasta que el asunto concluya, Duguar será su sombra. Su ángel tutelar... ¿No lo decís así vosotros?

—Tú eres el mío, bella muñeca de ojos verdes.

—Así lo ha querido el destino por dos veces, Frankie.

Sí, el destino.

Avivando de nuevo la llama de un amor que como volcán apagado había permanecido silencioso en el lugar más recóndito de dos corazones distantes, lejanos, separados.

McCasland, tratando de huir a la tentación que latía en aquel ámbito embalsamado, en aquel invitador rectángulo de pulidas paredes, en el ser palpitante, hermoso, pletórico de ardor y vida que se llamaba Sóhora Ben Abselam, habló así:

—Esta noche, Cihac me aguarda en su motel. Tengo interés por echar un vistazo al *bungalow 111*, aunque ahora, en realidad, conociendo al artífice del macabro laberinto, ya sobra todo. Le expondré a Walter mi juego. De cómo maneje él sus cartas... dependerá el final de la partida. Mildred también estará allí. ¡Pobre IS-009!

Su sorpresa, después de la jugada que Cihac le preparó, será terrible.

—¿Dónde nos reuniremos? —inquirió Sóhora.

—Tengo mi auto en el garaje del hotel. Esta tarde no he creído necesario usarlo. Ya sabes que es casi imposible atravesar el Gran Zoco de Risani a bordo de cualquier vehículo. Te recogeré a las diez..., para ir a la playa de Ain Diab. Es posible que mi «Thunderbill» nos sea poco menos que imprescindible.

Sóhora Ben Abselam se puso en pie. La imitó Frankie.

Y cuando ambos caminaban hacia la puerta, él la detuvo bruscamente aterrándola por los hombros.

La miró con intensidad. Dándose cuenta de que difícilmente lograría hurtarse al tentador ambiente, a la sugestión de aquella

maravillosa mujer palpitante, llena de vida, pletórica de ardor.

—Pequeña...

—¿Sí, Frankie?

Uniéronse el verdor y el azul de ambas pupilas en irisado arco brillante, mudo y elocuente, callado y expresivo.

—Me dijiste una vez —musitó él con deliberada lentitud—, que yo no podía amar. Que los hombres que vivían en mi mundo no eran dueños de su amor ni de su persona... ¿Sigues pensando lo mismo, Sóhora?

Se entreabrieron los sensuales labios para susurrar:

—Ha pasado mucho tiempo, Frankie. El pensamiento...

Calló la boca sensual al ser apasionadamente sellada por la del hombre. El beso se hizo extenso, interminable, agotador.

Bajo el ámbito embalsamado de aquel invitador rectángulo de pulidas paredes... No.

Frankie McCasland no pudo huir ahora La voluntad de
IS-001

quedó anulada. Anulada por espacio de...

CAPÍTULO VI

Hizo girar la llave. Abrió la puerta.

Para venirse a tierra con velocidad de vértigo.

No fue ver, tampoco intuir, tan siquiera presentir... Fue tener la seguridad de que aquello iba a suceder.

De que el agudo estilete surcaría el aire con trágico silbido en cuanto él asomara la cabeza por el umbral de la puerta.

Y en la jamba, vibrando siniestramente el marfileño mango, habíase hundido la pulida hoja de acero.

McCasland había visto al tipo.

Alto, fornido, torso al desnudo, cubiertas las piernas por un bombacho grisáceo. Huía.

Pero

IS-001

se disparó desde el suelo hacia delante, en plancha, a media altura, en alarde extraordinario de precisión, elasticidad y facultades, atrapando al gigante por la cintura cuando éste alcanzaba ya la puertecilla del balcón.

Lo derribó en tierra, de bruces contra el piso del balconcillo que corría paralelo al frontispicio del hotel.

Frankie, hacia atrás ahora, rebotó felinamente para ponerse en pie. Le costó más al eunuco, dada su enorme naturaleza.

Pese a ello, incorporóse con presteza, al tiempo que daba un rápido giro para enfrentarse a McCasland.

Se estudiaron unos segundos, en silencio.

Cetrino, oscuro su rostro. Hoscas las facciones. Huraña la boca. Peligroso el brillo intenso de sus ojillos tan diminutos como vivos y movedizos.

Que penetraban al mirar con igual agudeza que la acerada hoja

antes lanzada por su mano.

Mostró unos dientes desiguales, feroces, amarillentos.

—¡Yo destrozarte, extranjero maldito!

Frankie, con fría sonrisa que parecía esculpida en sus labios a escarpa y martillo, extendió el índice de la diestra, moviéndole de izquierda a derecha.

—No..., pequeño. Estás en un lamentable error del que no tardaré en sacarte. El chispazo de los negros ojillos adquirió asesino matiz.

—¡Te mataré..., te mataré!

Y no había muerto la exclamación en su boca cuando ya estaba lanzado hacia Frankie, esgrimiendo sus manos nervudas, gigantescas, abiertas como tenazas.

No.

No era un principiante, ni tampoco un luchador burdo de los que fían todo en su potencia física.

Aquel fulano había sido diestramente preparado. Por eso, Frankie recibió la desagradable sorpresa.

Quiso fintar la embestida, suponiendo que el tipo se limitaría a cerrar las manos en su garganta para tratar de estrangularle.

Y no hizo eso. Muy al contrario.

En pleno salto, con una agilidad impropia de su peso, compuso un hábil quiebro para contrarrestar la finta de Frankie y, haciendo amago de zurda, alcanzó al agente con el filo de la diestra bajo el pabellón auditivo.

Un golpe aplicado con eficacia, contundencia y precisión. IS-001 trastabilló.

El gigante, comprendiendo que su antagonista encontrábase en franca inferioridad de condiciones, quiso remachar la obra con rapidez.

El error.

Disparó el pie izquierdo hacia el rostro de Frankie cuando éste hacía denodados esfuerzos por mantener el equilibrio.

Pero ante la acción del gigante se facilitó la caída que trataba de evitar al tiempo que alcanzaba el pie extendido y giraba vertiginosamente aplicando a la pierna un doloroso torniquete.

Ya en tierra, espalda contra las baldosas, aflojó la presa para efectuar un brusco tirón.

El marroquí, arrastrado por una fuerza que no podía sospechar en su enemigo, pese a la atlética constitución que hacía vióse volando por los aires en postura incómoda que tuvo sus consecuencias al impactar en el suelo.

Pero salió con presteza de su momentáneo aturdimiento.

Ya Frankie, impuesto de la peligrosa habilidad del gigantón, movíase con técnica frialdad.

Le engañó con el intento de un pretendido salto que no llegó a realizar.

Y cuando el otro trataba de esquivarlo se tropezó con él y con la punta de sus dedos clavada en el plexo.

Golpe seco.

Que hizo boquear al de los ojillos negros.

McCasland, habilidosamente, pasó a su espalda para batir sus flancos con dos terribles mazazos aplicados con el filo de ambas manos.

—¡Aaaag! —barbotó, ciego de furor.

Y tras pronunciar unas palabras en lengua vernácula, le oyó gritar ahora:

—¡Brahim!

Eso no lo había previsto Frankie.

La aparición de otro eunuco de la misma envergadura que, por lo visto, fiando primero en que el acero cumpliría su siniestra misión, y luego en que la neta superioridad física de su compañero se impondría, había permanecido oculto en el balconcillo.

—¡Aquí, Omar!

En efecto, allí estaba.

IS-001

lo pensó en fracciones de segundo.

Hasta entonces habíase limitado a pelear porque le interesaba capturar con vida al marroquí, pero ahora, con dos bestias de aquel calibre enfrente, tenía forzosamente que deshacerse de una de ellas.

Omar, todavía bajo los efectos del duro castigo a que fuera sometido por las manos de Frankie, agitaba la cabeza tratando de recuperarse.

Pero Brahim, quizá más alto que él, venía fresco y con sádico rictus en el rostro negruzco, dispuesto a destrozar a McCasland. Sonrió ferozmente.

—¡Tú morir, haluf!^[4]

IS-001,

inmóvil, clavados los pies en el suelo, separadas las piernas, lo esperó con extraña imperturbabilidad.

Quizá esa actitud desafiante enfureció todavía más a Brahim quien, mucho menos científico que Omar, lanzóse como una catapulta humana hacia McCasland.

Todo un torpedo de carne y hueso.

Pero Frankie siguió impertérrito. Contemplando con glacial sonrisa el demoledor avance de aquel salvaje.

Entonces..., cuando les separaba menos de una yarda.

IS-001

movió entonces su mano derecha en corto y fugaz medio giro.

¡Y un alambre azulado brotó del borde de la manga de su chaqueta!

Delgado.

De una longitud no superior a las diez pulgadas.

El torso del acometedor musulmán entró en contacto con el azulado alambre cuando ya sus manos se extendían hacia el cuello del americano.

Se detuvo en seco.

Dando igual sensación que si acabara de tropezar contra un muro invisible.

—¡Aaaaagggg!

Brotó el aullido de su garganta con eco de agónico estertor. Y al instante se desplomó en tierra.

¡Carbonizado!

Omar, que con ojos turbios había seguido la insólita escena, reflejó en su faz cetrina una mueca de estupor y pánico.

Para correr un segundo después, como lo hiciera al principio, en pos del balcón. Frankie, que no se había descuidado de él un solo momento, le cortó la retirada. Plantándose en el umbral.

Mostrando el letal alambre con peligrosa sonrisa.

—¿Quieres morir, Omar?

Desorbitados los brillantes ojillos, retrocedió el marroquí con terror y torpeza.

—¡Quieto! —le ordenó

IS-001

—. Si haces un movimiento..., ¡mira! —Al tiempo que soltaba la

exclamación movió de nuevo la diestra en un giro propio de magia —. ¿Lo ves?

Un rayo casi invisible habíase gestado en el extremo del alambre para zigzaguear con una velocidad muy superior a la del ojo humano y reducir a cenizas la cortinilla que separaba el vestíbulo de la salita.

Omar, petrificado, viva imagen del pánico, no tuvo energías suficientes ni para engullir saliva.

—¿Quién te ha mandado asesinarme, pequeño? Dio un paso hacia él.

—¡Guato, gualo5...! Se detuvo.

—Responde... o te carbonizaré en un segundo.

El sudor chorreaba por la brillante frente y la rapada cabeza del islamita. Hasta le faltaba aire en los pulmones para conseguir transformarlo en palabras Extendió la mano derecha.

—Yo... él, mi amo ordenar yo matarte. Enviamos Brahim y mí... el decir tú muerto.

—¿Quién es él, Omar?

—Amigo..., amigo tuyo americano. Sidi Walter. Yo trabajar motel...

Una sonrisa helada que desmentía aquella expresión burlona y escéptica que con tanta facilidad adoptaba McCasland, abrió sus labios.

—¡Vaya! —exclamó con ominoso sarcasmo—. Así que eres un fiel empleado de mi amigo Walter Cihac. Y trabajas en el motel, ¿eh? Entonces, como veo que confía en ti las misiones arriesgadas..., te supongo enterado de lo ocurrido la noche del día 26, a las once, en el *bungalow 111*, ¿cierto, Omar?

Se hizo más amplia la mueca de terror.

—¡No..., gualo!^[5] Omar no haber matado...

—Tranquilo, pequeño, tranquilo. No te pongas nervioso. Quiero que me cuentes las cosas desde el principio. Pero de una forma sosegada..., igual que si fuéramos dos viejos amigos. ¡Empieza!

Los ojillos del árabe, sin apartarse del siniestro alambre que emergía por entre forro y tela de la manga del «saco» de Frankie, balbució unas torpes palabras.

Luego, con su inglés catastrófico, mezclando con frecuencia expresiones marroquíes, relató de una forma entrecortada e

incoherente cuanto sabía de lo sucedido la noche del 26 de julio, a las once, en el *bungalow 111* del motel propiedad de Walter Cihac.

Un agente del Servicio Secreto Norteamericano.

¡Un asqueroso traidor!

—Bien, pequeño, bien —sonrió

IS-001

cuando Omar concluyó sus deshilvanadas explicaciones—. Eres un chico estupendo. ¡Ah!, y guapo además. Tendrías tú mucho partido en un harén... ¡Vaya que sí! Ahora, encanto, sin preocuparte las reglas de urbanidad..., ¿quieres volverte de espaldas?

Obedeció, tembloroso su cuerpo de gigante.

McCasland hizo girar sus manos hasta que el cable electrocarbonizante desapareció con igual rapidez que surgiera.

Extrajo la superautomática.

Y tomándola por el tubo silenciador que llevaba permanentemente enroscado, descargó un contundente culatazo sobre la nuca de Omar, que dio con éste en el suelo sin que tiempo tuviera de exhalar un gemido.

Acto seguido, Frankie, con rápidos movimientos, penetró en el dormitorio.

Rasgó una de las sábanas confeccionando largas tiras que sirvieron para convertir a Omar en un auténtico y perfecto fardo.

Luego, del armario sacó su reducido maletín, abriéndolo para comprobar si todo estaba en orden.

Tras dar un último vistazo a la estancia salió apresuradamente y cabalgó por las escaleras en busca del vestíbulo.

Fue hacia el *comptoir* rogando al recepcionista le preparase la cuenta de inmediato.

Aunque el hombre expresó su sorpresa con un gesto, ante la prisa de Frankie por abandonar el hotel al que había llegado por la mañana, nada dijo.

El propio McCasland arguyó la excusa que supuso más verosímil, diciendo:

—Debo regresar inmediatamente a mi país. Me han comunicado que mi esposa está muy grave, ¿comprende?

Asintió el otro.

—De veras lo siento, señor.

Frankie observó el «Thunderbill» con una curiosidad que nadie hubiese comprendido.

Abrió la portezuela derecha con lentitud casi exasperante.

El encargado de custodiar el garaje seguía con ojos de extrañeza las confusas evoluciones del agente.

Pero siguió en su sitio, sin moverse.

McCasland, muy lejos de tomar asiento y mucho menos de rozar uno solo de los mandos del aerodinámico automóvil, prosiguió el visual recorrido escrutadoramente.

Minutos después, cuando hubo inspeccionado hasta el portaequipajes, abrió el maletín que traía en la diestra.

Sacó de él un minúsculo aparato circular que tenía cierta semejanza con las cintas métricas enrollables.

Pulsó un resorte.

Al instante, luego de ceder hacia dentro un milímetro de la plancha circular, se disparó una especie de antena flexible que vibraba ligeramente.

Levantó entonces la tapa del motor.

Y despacio, cubriendo toda la superficie, fue pasando el extraño aparato por encima de aquél.

Bruscamente, la inicial vibración del cable se intensificó.

Otro hueco dibujóse en la plancha circular para hacer visible una aguja imantada que oscilaba alrededor de un gráfico minúsculo y numerado.

Dejó de oscilar la aguja, para detenerse en un punto determinado del graduado semicírculo.

Frankie sonrió para sus adentros.

Una vez hubo devuelto el aparato detector al fondo del maletín, alzó las mangas de la chaqueta e introdujo las manos en el motor del vehículo con suma destreza.

Sin temor alguno.

Manipuló durante unos instantes entre los cables de la batería.

Con una sonrisa de triunfo en los labios extrajo un pequeño artefacto al que dedicó su atención.

No le asombró lo más mínimo el procedimiento empleado.

Una bomba era lógico encontrarla allí. Pero no tanto una

pequeña mina de influencia magnética como la empleada por las marinas para cazar los sub.

Muy ingenioso, sí.

En cuanto él hubiese hecho girar la llave o dado el arranque automático, el «Thunderbill» y

IS-001

hubieran quedado reducidos a pequeñísimos fragmentos.

Walter Cihac no había reparado en medios con tal de eliminarle antes de la noche.

«The Sadistic», Omar y Brahim, la mina de marras... No dejaba de ser agradable saber que le temían a uno.

McCasland, hombre de conocimientos electrónicos y científicos, procedió con toda tranquilidad a desmontar el mortífero artefacto.

Observado siempre por el encargado del garaje que vaya a saberse la de preguntas que se estaba formulando para sus adentros.

Frankie, cuando hubo terminado, sentóse al volante del vehículo, agito la mano en burlona despedida al consternado vigilante, efectuó una rápida maniobra y salió del garaje ascendiendo por la empinada rampa.

Dejó atrás la rue Pont a Mousson internándose por el *boulevard* Ziraquí, tomó una veloz curva a la altura de la avenue Hassan Soukiani y redujo la velocidad para detenerse en rue Yousef frente al parc de la Ligue Árabe.

Esquina al *boulevard* Koudani había una cabina telefónica.

Se introdujo en ella, depositó el níquel y marcó seguidamente el número del «Hotel Mermoz».

Percibió el monótono zumbido de la llamada hasta que descolgaron al otro extremo y dijo una voz femenina en cordial saludo:

—«Hotel Mermoz» de Casablanca, buenas noches, ¿dígame?

—¿Sigue hospedado ahí señor McCasland?

—Un momento, por favor.

La oyó débilmente como consultaba con recepción.

—Lo siento —agregó a los pocos segundos—. El señor McCasland acaba de abandonar el hotel hace una media hora aproximadamente.

—Perfecto..., ese hombre es un peligroso asesino. Registren de inmediato su habitación... ¡seguro que encontrarán un cadáver!

Colgó.

Y dejó atrás la cabina, riendo a carcajada limpia ante la extrañeza de algunos viandantes que se volvían a mirarle como lo hubieran hecho con un bicho raro.

Frankie salvó la portezuela en parábola circense y puso de nuevo el vehículo en movimiento.

En busca de aquella fascinante mujer llamada Sóhora.

Hacia el fin de un caso que apenas había durado veinticuatro horas. Pero... aún faltaba mucho trecho por recorrer.

Walter Cihiac. La fórmula.

«The Sadistic».

Sí, el extraño asunto que habíase gestado en un laboratorio de Atenas, que había cristalizado en un juego confuso de sangre teniendo por escenario el *bungalow 111...*, todavía estaba por concluir.

Y la muerte seguiría rondando, entretanto, alrededor de un hombre de cabellos castaños caídos sobre la frente, de sorprendentes y nítidos ojos azules.

Frankie McCasland

IS-001.

Un pensamiento, un deseo, una ilusión se impuso por encima de todo. Sóhora Ben Abselam.

Pisó el gas a fondo para entrar embalado por el *boulevard* de Bordeaux.

Ya la noche habíase cerrado sobre la ciudad de los contrastes y el colorido. Arriba, un inmenso espacio azul tachonado de puntitos brillantes, luminosos.

CAPÍTULO VII

No.

Era imposible.

La creación no podía haber dado otra criatura humana que reuniese aquel cúmulo de encantos.

Aquella mescolanza de misterio, belleza, exotismo, profunda misticidad y erótica exuberancia.

Una paradoja con nombre de mujer. Sóhora Ben Abselam.

Con su pantalón rojo, brillante, fiel opresor de sus redondeados contornos.

Con su blusa de gasa negra, forrada para evitar la translúcida acusación de sus senos firmes y turgentes.

Arrancada de un soñador pasaje de *Las mil y una noches*.

—¡Salam, Sóhora!

—¡Salam, Frankie! Abrió la portezuela.

—Soleimán puede acomodarse detrás —anunció McCasland.

El impertérrito y fidelísimo servidor de Sóhora se situó donde le indicaban sin despegar los labios.

—¿Y Dugar? —inquirió el muchacho.

—Convertido en la sombra de Mildred Williams —repuso la bella hija del Islam. Arrancó el fulgurante «Thunderbill».

—Al llegar al hotel —explicó Frankie, mientras manejaba el volante con su habitual pericia—, he recibido una grata embajada.

Sóhora frunció sus finas y arqueadas cejas.

—No entiendo...

IS-001

relató acto seguido las atenciones que le habían dedicado Omar y Brahím.

Desde el lanzamiento del cuchillo hasta la mina magnética

situada entre los cables de la batería.

Ella, un tanto impresionada, murmuró:

—Es un milagro que estés con vida, Frankie. En pocas horas han tratado de arrebátártela varias veces. Te he dicho esta tarde que tu trabajo es arriesgadísimo. Hay mucho en juego para que Cihac se de por vencido sin antes haber ensayado toda clase de ruines medios para deshacerse de ti.

Frankie ladeó la cabeza para dedicar a la encantadora mujer una expresiva sonrisa.

—Lo sé, Sóhora. Hace tiempo que salí a un mundo extraño sabiendo perfectamente que mi vida podía valer mucho... o nada. Es un continuo cara y cruz. La moneda está siempre en el aire. Y yo, pendiente del lado que muestre al caer en tierra. Pero ahora, ya no hay que temer. Walter Cihac pagará su traición; «The Sadistic», sus horrendos crímenes.

—Admiro la seguridad que tienes en ti mismo, Frankie. Sólo así puede vencerse.

—Tú también arriesgas la vida, Sóhora. Y es posible que con mayor desinterés y más nobles fines que yo. Lo mío es un trabajo, me pagan por ello. Lo tuyo es una vocación, una herencia.

Hizo ella un gesto disconforme.

—Estás en un error, Frankie. Los méritos de un hombre no pueden juzgarse colocando en el otro plato de la balanza un puñado de billetes. Hay miles y miles de personas, que aún remuneradas diez veces mejor que tú..., no lo harían. Es vocación. IS-001, vocación.

Negó él con la cabeza.

—Es una vieja ley, pequeña. Tan vieja como la Creación. Para que el mundo sea llamado así tiene que existir de todo. Entre ése todo, se encuentran los hombres como yo.

Guardaron unos instantes de silencio.

El «Thunderbill» había pegado sus silenciosos neumáticos al cristalino asfalto del *boulevard* Sidi Mohamed Ben Abdallah.

Tras salvar la amplia curva que se abría frente a la Municipal Swimming Pool, lanzóse como una saeta de anaranjada estela por la carretera que bordeaba el linde de las arenas en medio de un pasillo tupido y umbrío cuyo techo lo componían en interminable bóveda verdosa los inclinados penachos de las palmeras.

Torció Frankie por un camino de segundo orden iniciando el ascenso hacia la colina de Anfa, coronándola en escasos minutos, embalándose luego por la pendiente sinuosa que volvía de nuevo a bordear la playa.

Ain Diab.

Con sus hermosas construcciones de una planta, modernas, señoriales, rodeadas de un profuso colorido dimanante de árboles y flores.

Aplicó los frenos muy cerca del lugar donde iniciábase la tupida jungla que daba albergue al motel de Walter Cihac.

Con sus frondosos arbustos, la agreste maleza, los rústicos *bungalows*...

El 111.

Frankie dio la vuelta con presteza para ayudar en el descenso a la bella Sóhora. Soleimán les siguió a prudente distancia.

El auto detenido a la entrada del motel hizo que la pareja se miraje con genuina extrañeza.

Porque aquel vehículo pertenecía a la policía marroquí.

Instintivamente apretaron el paso hasta que se los cerró un agente uniformado. La mujer se dirigió a él en marroquí.

Intercambiaron algunas frases, y el agente, casi de un modo militar, apartose para que prosiguieran su camino.

—¿Qué sucede? —interrogó Frankie con avidez.

—Se ha cometido un crimen. IS-001 montó ceja sobre ceja.

—¡Qué! ¿Cómo ha ocurrido? ¿Quién es la víctima?

—El agente no lo sabe. Está de guardia para impedir el paso. Sabe que se trata de un asesinato, pero desconoce los detalles.

Ya se habían internado en aquella selva casi tropical donde sucedíanse los *bungalows* en simétricas hileras y perfectos semicírculos.

Había infinidad de senderos exactamente iguales.

Era fácil confundirse si no se conocía bien aquel agreste laberinto.

Un hombre alto, vestido con cierta elegancia, facciones tostadas, espeso bigote y aire marcial, surgió por entre los árboles caminando hacia ellos.

Sóhora se adelantó.

—¡*Salam*, Rahal!

—¡*Salam*, Sóhora! ¿Qué estás haciendo aquí?

Escena casi insólita. Dos marroquíes hablando en perfecto y bien timbrado inglés La mujer volvióse hacia Frankie haciéndole señas de que se acercara.

—Éste es Rahal Djedd Ben Nousseir, terrible oficial de la Sûreté Nationale du Maroc... —presentó, agregando—: Frankie McCasland, turista americano que goza de mis mejores simpatías.

El policía, cuyas facciones en conjunto resultaban agradables y risueñas, ensayó un rictus burlón.

—¿Turista? —Pareció interrogarse a sí mismo—. ¿Goza de tus simpatías...? Y ambos juntos camino del escenario de un crimen... ¡Hum! ¿A qué organismo de espionaje pertenece, míster McCasland?

Frankie no pudo por menos que sorprenderse ante la sutil sagacidad del oficial marroquí.

Consultó fugazmente con los ojos de Sóhora. Por eso respondió:

—*Intelligence Service* Norteamericano.

—Me asustan los espías —bromeó Rahal Djedd, quien no parecía en exceso preocupado por el hecho de que se hubiera cometido un asesinato—. ¿Quieren seguirme?

Lo hicieron.

Les condujo a través del selvático laberinto. Se detuvo frente a la puerta de un *bungalow*.

Por instinto, Frankie dirigió sus ojos a la rústica placa donde se hallaba grabado el número.

¡BUNGALOW 111!

Los dos agentes uniformados saludaron al unísono la figura de Rahal Djedd. Y el oficial caminó hacia la puerta.

IS-001

tuvo un presentimiento.

Que se confirmó cuando su cabeza, por encima de los hombros del marroquí, giró de un lado a otro atisbando hacia el interior del reducto de troncos y ramajes.

Sóhora se llevó ambas manos a la garganta tratando de contener el grito que pugnaba por surgir de ella.

Frankie McCasland, cuadradas las mandíbulas, glaciales los azules ojos, contempló sin aparente emoción el espantoso lienzo.

La sangre...

Los mutilados miembros...

¡Los restos de quien se llamara Walter Cihac!

Convertido en un amasijo de huesos y carne desgarrada, en deforme montón de sanguinolentos despojos.

—¡Ahí lo tiene, mister McCasland! Walter Cihac, del Servicio Secreto Norteamericano. Hace tiempo nos prestó algunos servicios valiosos. Una verdadera pena..., ¡un crimen repugnante!

IS-001

apenas le oía.

Porque un nombre martilleaba sus sienes obsesivamente.

«THE SADISTIC».

Todo..., todo irremisiblemente perdido.

¡La fórmula! ¡La posibilidad de terminar con aquella sádica alimaña!

—Sí... —musitó—, una verdadera pena.

Sóhora había salido del *bungalow* y se hallaba recostada contra el fornido pecho de Soleimán quien, con reverencia rayana en la devoción, acariciaba los cabellos de la muchacha como si de su hija se tratase.

—¿Quiere acompañarme a la oficina de este infortunado? —inquirió el oficial de la policía marroquí mirando a McCasland.

—Estoy a su disposición, Rahal Djedd. Abandonaron el espantoso escenario.

Djedd dio unas órdenes en su idioma a los agentes que montaban guardia, en tono casi drástico.

Asintieron aquéllos con evidente respeto. Regresaron a la entrada del motel.

Sóhora, apoyada en Soleimán, caminó tras ellos.

Al llegar a la puerta del apartamento donde Cihac había instalado su despacho, Frankie se sorprendió de la cercana presencia del voluminoso Dugar.

Ello significaba que... En efecto.

Mildred Williams se hallaba en el interior, derrumbada sobre una butaca, oculto el rostro entre las manos, sollozando amargamente.

Alzó la cabeza al oír que la puerta se abría. Lanzóse en brazos del hombre.

—¡Frankie! ¡Frankie! —estalló con histerismo—. ¡Es horrible!

¡Walter...! ¡Lo han destrozado!

IS-001

trató de calmarla.

—Lo sé, Mildred, lo sé. Ahora, procura tranquilizarte. ¿Hace mucho que estás aquí?

Gruesos lagrimones rodaban por sus mejillas.

—No... —gimió—, no recuerdo exactamente. Quince..., treinta minutos, no sé. Rahal Djedd Ben Nousseir, con su voz pausada y su inglés correcto, dijo, poniendo la diestra encima de los hombros de Frankie:

—Colegas, ¿no es cierto, míster McCasland?

El norteamericano, de cabellos castaños cosquilleantes encima de la frente, tras sentar a Mildred en la butaca, volvióse hacia el policía marroquí.

Pronunció:

—Dispone usted de unos medios informativos extraordinarios, Rahal Djedd.

Sonrió el aludido.

—Somos una policía joven, neófita si se quiere, amigo McCasland, Pero, eso sí, excelentemente preparada. Marruecos, a veces nos preguntamos el por qué, es el gigantesco hotel donde se tejen la mayor parte de las intrigas de espionaje que tiene África como escenario. Continuamente cruzan nuestra frontera hombres con pasaportes de cuya legalidad no se puede dudar... y cuya falsedad es casi tangible. Nos hemos especializado en eso. En saber lo más exactamente posible el censo de espías que pulula por nuestro país. Puedo garantizarle que las estadísticas lo dejarían boquiabierto, McCasland.

Sonrió, antes de agregar:

—Nada hay contra *miss* Williams ni tampoco contra usted. Sólo ahora Ben Abselam es su mejor garantía. Pueden retirarse cuando lo juzguen oportuno.

Tendió la diestra a McCasland quien la estrechó con fuerza.

—Gracias, Rahal Djedd.

—No debe dárme las. Estaré a su disposición en la prefectura central de la Sûreté..., para cuanto pueda serle útil. Y dicho esto, salió de la estancia.

Casi al instante lo hirieron Mildred y Frankie. Sólo ahora, Duguar y

Soleimán aguardaban fuera. En silencio, se dirigieron al «Thunderbill».

No se acomodaron con holgura, pero tampoco con estrechez.

McCasland, sumido en un profundo silencio, condujo a una velocidad más que suicida.

Las cabelleras de Sóhora y Mildred oteaban al viento como dos banderas azabaches.

IS-009

había logrado serenarse.

Se detuvo el auto frente a la puerta del hotel en que ella se hospedaba Frankie la ayudó a descender, diciéndole:

—No te muevas de tu habitación para nada. Cuando haya hablado con Washington te facilitaré instrucciones.

Asintió ella sumisamente.

—Hasta mañana —musitó.

Y una vez hubo desaparecido al otro lado de la puerta, Sóhora hizo una seña a Duguar. El gigantesco marroquí abandonó el vehículo perdiéndose en la oscuridad de la noche.

Frankie McCasland, de nuevo frente al volante, ladeó la cabeza para clavar sus azules ojos en los verdes de Sóhora.

Bruscamente, saltó del auto, encaminándose velozmente hacia el hotel.

Ella, con evidente asombro, le siguió con la mirada. Para verlo regresar unos minutos después.

—¿Qué ocurre, Frankie?

—He advertido a Mildred de que ya no me hospedo en el «Mermoz» y de que lo haré en el «Hotel Metropole». Puede necesitarme y es prudente que sepa dónde localizarme.

Asintió la hermosa mujer.

Y recibió complacida el beso tenue que los labios de él estaban depositando sobre los suyos.

—¿Y ahora, Frankie? —interrogó con cierta pesadumbre. Mantúvose en silencio

IS-001.

—Aún existe la posibilidad —recitó con voz queda—, quizá remota...

—¡Pero...! —exclamó Sóhora interrumpiéndole—. ¿Cómo? La miró él de forma extraña.

—Queda... —pronunció con deliberada lentitud—, *queda una sospechosa*, Sóhora.

—¿Mildred...?

No respondió McCasland. Puso el vehículo en marcha.

La interrogación seguía flotando..., en la mente de ambos.

CAPÍTULO VIII

Tendido sobre la cama, en mangas de camisa, clavados en el techo los ojos, un cigarrillo apagado entre los labios, Frankie McCasland recorría con el pensamiento los sucesos acaecidos.

Desde Atenas, pasando por Sao Paulo, hasta Casablanca.

Buscando tenaz, insistente, obsesivo, el cabo suelto que forzosamente tenía que existir en aquella trágica madeja.

¡Ring! ¡Ring!

El timbrazo del teléfono le sobresaltó al sacarle bruscamente de su abstracción.

Dio un brinco en la cama, atrapando el auricular del negro aparato que descansaba sobre la mesita de noche.

—McCasland, ¿quién habla? Percibió un jadeo.

—¡Frankie! —exclamó la voz agitada de Mildred Williams—. ¡Frankie!

IS-001,

crispada la mano en el auricular, casi bramó:

—¡Mildred! ¿Qué sucede?

Pareció serenarse la que estaba al otro extremo del hilo.

—Frankie, acaba de llamarme Paul von Lutze... Dice que a media tarde lo han sacado del hotel violentamente, que lo han golpeado y luego encerrado hasta hace pocas horas, luego de preguntarle cientos de veces por la fórmula. Estoy desorientada, ya no sé si creer que es el verdadero. De no serlo, ¿qué interés puede tener en acudir a mí?

—¿Qué quiere?

—Protección. Está aterrado. No tiene dinero, le han robado sus documentos... Pide que lo saque de Marruecos urgentemente. Está convencido de que acabarán asesinándolo.

—¿Sigue hospedado en el «Hotel Gambetta»?

—Sí.

—Bien. Voy para allá. Tú... sigue mis instrucciones, no te muevas de ahí para nada.

Acto seguido, colgó.

Fue directo al baño para recomponer su aspecto, peinarse al vuelo, apretar el nudo de la corbata y recoger su chaqueta, al salir, sobre la marcha camino de la puerta.

Rumbo a la habitación número treinta y dos de un hotel donde había estado a punto de perecer en las garras de «The Sadistic».

Si sus sospechas acerca de una mujer resultaban ciertas, aquella llamada podía ser la trampa definitiva.

¿Para evitar que hablase con Washington?

¿Para deshacerse de él?

Vistos los fallos anteriores a la hora de querer liquidarlo, esta vez habrían tomado toda clase de precauciones y seguridades.

La cara y cruz de su mundo.

IS-001

confiaba plenamente en sí mismo. Confiaba...

CAPÍTULO IX

Rue de Mustapha El Maani. Número 47.

«Hotel Gambetta».

La segunda vez que cruzaba aquel vestíbulo en el espacio de pocas horas.

La superdotada israelita de blusa roja por abrochar y demás peculiaridades escandalosas había sido sustituida ahora por un hombre, algo había que llamarle, verdadera antítesis del Apolo mitológico.

Dormitaba el fulano, con la cabeza caída entre los codos y éstos apoyados encima del mostrador.

Eso lo aprovechó Frankie para salvar el vestíbulo en cuatro silenciosas y largas zancadas.

No usó del elevador.

Ascendió por los desgastados peldaños de mármol. Piso tercero.

Habitación treinta y dos.

Como antes... apretó el zumbador, que se dejó oír con estridente sonoridad. Ahora, al cabo de unos segundos, sí obtuvo respuesta.

—¿Quién llama? —inquirió una voz insegura desde el otro lado de la puerta.

—Me envía Mildred Williams. Abra, Von Lutze. Lo hizo, con precauciones.

Frankie, sin andarse por las ramas, le propinó un violento empujón a la hoja de madera, terminando de abrirla.

Entró decidido caminando hacia la salida, en donde le sorprendiera «The Sadistic».

Paul von Lutze le siguió nerviosamente.

McCasland, sacando del bolsillo interior de la chaqueta la fotografía que Mildred le había proporcionado por la mañana la

comparó con el rostro de quien tenía delante.

Exactamente igual.

A excepción de aquella fugaz cicatriz que el de carne y hueso mostraba bajo el ojo derecho.

—¿Quién... quién es usted? —inquirió trémulo

IS-001

siguió estudiándolo en silencio.

—Frankie McCasland —soltó segundos después—. Al servicio de Estados Unidos.

Paul von Lutze, alto, bien formado, con sus agradables facciones y su cabello rubio pajizo, hacia denodados esfuerzos por ocultar el miedo que lo dominaba.

—¿Qué ha ocurrido esta tarde, Von Lutze...?

Se pasó la punta de la lengua por los reseco labios.

—Miss Williams, luego de lo sucedido en el *bungalow*, dijo que no me moviera de aquí. He seguido sus instrucciones al pie de la letra, pero esta tarde...

Tres individuos habían penetrado subrepticamente en la habitación, sacándolo del hotel por la violencia, empleando para ello pavorosas automáticas.

Introducido en un auto negro, vendados los ojos, le habían conducido a un sótano lóbrego y húmedo donde alguien a quien no lograba ver le preguntaba una y otra vez por la fórmula.

Le habían golpeado varias veces (las huellas dejadas en su rostro hablaban con elocuencia) hasta convencerse de que decía la verdad.

Luego, a media noche, después de vendarle los ojos, lo habían dejado en las inmediaciones del hotel.

Frankie, cuando el otro terminó su relato, cabeceó lentamente.

—Hábleme de lo sucedido en el *bungalow 111*.

Lo hizo.

Sin que su relato difiriese en nada del hecho anteriormente por Mildred Williams.

—¿Es usted el verdadero Von Lutze? ¿Le está pagando alguien para que ocupe su sitio aprovechando su extraordinario parecido físico?

Desorbitó los ojos el alemán.

—¡Cómo! ¿Está usted loco? ¡Naturalmente que soy Paul von Lutze! ¡Yo era el ayudante del profesor Erhard Meissner en quien él

confió la fórmula para traerla hasta aquí!

—Correcto, amigo. No se excite. Le creo. ¿Qué es lo que quiere? Volvió a sorprenderse.

—¿Qué... quiero? ¡Salir de este maldito país antes de que me asesinen! Estoy sin dinero, sin documentos... ¡No tengo nada! Sólo pido mi libertad, sólo quiero ser el que era. ¡Yo no soy culpable...!

—Serénese, Von Lutze —le atajó Frankie, autoritariamente—. Yo no puedo falsificar un pasaporte con sólo desearlo. El dinero no es problema..., pero para conseguir documentos se necesita tiempo. Procuraré sacarle de Marruecos lo antes posible. No abandone este hotel por ningún concepto, ¿está claro?

Cabeceó contundente.

—¡Ah!, en adelante, sólo son mis instrucciones las que deberá seguir ¿entiende? SÓLO LAS MIAS. Ni tan siquiera las de Mildred Williams. ¿Se ha metido eso bien en la cabeza?

Asintió nuevamente el de los cabellos rubio pajizo. Pero, objetando:

—¿No es Mildred...?

—Le he dicho que deberá seguir mis instrucciones si desea salir con vida de Marruecos —cortó el otro drásticamente—. ¿Algo más, Von Lutze?

—No..., no.

—Bien. Procuraré solventar su asunto lo antes posible. ¡Buenas noches!

Dio media vuelta y salió de la estancia dejando al germano confuso y boquiabierto.

* * *

Volvió a tenderse encima de la cama en mangas de camisa. Prendió un cigarrillo...

Otro...

Nuevas preocupaciones. Paul von Lutze.

¿Y todo lo demás? Un callejón sin salida.

Empezar por el principio para terminar, invariablemente, estrellándose contra el mismo muro.

En él morían todas las esperanzas.

¡Maldita fórmula!

¡Maldito gas!

¿Gas?

Cayó el cigarrillo de sus labios, quemándole la camisa de nylon.

Dio un brinco saliendo proyectado hacia el otro extremo de la estancia.

¡GAS! ¡GAS! ¡GAS!

Aquellas tres letras acababan de inundar su cerebro con una claridad diáfana, cegadora, brillante.

¡GAS!

Pero..., ¿cómo no lo había pensado antes?

Quizá por esa misma sencillez que convierte las cosas en caos de confusión.

Por ese instinto de buscar siempre lo difícil, lo misterioso, cuando lo elemental salta a la vista y nos negamos a verlo.

Sí..., no podía ser de otra forma. Brasil...

Atenas... Casablanca...

Frankie McCasland hubiese deseado gritar, desahogarse, exclamar a los cuatro puntos cardinales el júbilo que inundaba todo su ser.

¡Ahora sí!

Estuvo dando paseos de un extremo a otro de la habitación hasta que los albores del nuevo día rasgaron tímidamente las últimas tinieblas de la noche.

Entonces se vistió, salió a la calle, trepó al volante del «Thunderbill» y lo hizo volar sobre las desiertas calles de la hermosa ciudad de las palmeras.

Se tropezó, primero, con Soleimán.

Y éste, sin perder la característica imperturbabilidad, asintió a la petición de McCasland acudiendo coa presteza en busca de su ama.

Instantes después apareció una Sóhora más hermosa, que nunca, más encantadora y fragante, más tibia y sensual, más descuidada...

Mucho más descuidada la negra gasa de aquella blusa obsesiva...

—¿Qué sucede, Frankie? —interrogó con voz temblorosa.

—No te alarmes, pequeña.

Y al momento, apretó los tibios hombros femeninos entre sus dedos y buscó la húmeda boca para estampar un prolongado beso.

Tras la caricia, los verdes ojos de Sóhora seguían expresando

incertidumbre. A la muda interrogación de su mirada, respondió Frankie:

—Quiero que cites a una persona, esta noche, a las once... ¡EN EL BUNGALOW 111 DEL MOTEL DE CIHAC!

Se quedó perpleja.

A continuación, McCasland, por espacio de una media hora, estuvo dando explicaciones e indicándole la forma en que debía actuar.

Al término de sus palabras, Sólo Ben Abselam lo miró con evidente admiración.

—Eres único, Frankie... —musitó, acurrucándose contra el torso masculino como una gatita runruneante—, único.

—Que Dugar deje de vigilar a Mildred. Como comprenderás, ya no es necesario.

—Sí, Frankie.

Aún recitó nuevas instrucciones

IS-001

a la hermosa muñeca exótica de ojos verdes.

—Que Soleimán y Dugar vengan al hotel sobre las diez de la noche. Es necesario que aparezcas sola en el motel. Desde el momento en que efectúes la llamada..., te vigilará. ¿Entendido?

—Sí, Frankie.

—¿No temes arriesgar tu vida, Sólo? Se abrieron los jugosos labios.

—Mi destino es servirte siempre que me lo pidas... y aunque no me lo pidas. Mi vida, Frankie, vale poco. Sólo deseo tu triunfo...

La calló de esa forma tan deliciosa con que se calla a una mujer. Estuvieron callados mucho rato.

Mucho...

* * *

Frankie McCasland empleó el día tan sólo en dos cosas.

Una, sostener un largo y ameno diálogo, en la prefectura central de la Sûreté, con el oficial Rahal Djedd Ben Noussier.

Otra, encerrarse en la habitación de su hotel, descolgar el teléfono, echarse encima de la cama y dormir plácidamente hasta bien entrada la noche.

Hasta que Dugar y Soleimán golpearon tímidamente la puerta del apartamento. Resultaba cómico el que aquel par de gigantones no se atrevieran ni a despertarlo. Pero Frankie brincó del catre consultando su reloj.

Muy cerca estaba ya una hora largamente perseguida. Largamente...

CAPÍTULO X

Bajo el nítido y transparente cielo de diáfano azul, allá donde luna y estrellas asomaban en su cotidiano y nocturno paseo, las aguas rumorosas del océano morían mansamente al pie de la finísima arena.

La blanca espuma se diluía en un azul más oscuro que el del cielo, enviando tímidas esquirlas sobre los aledaños de aquel paraje de tropical verdor que nacía, inverosímil, casi en la misma arena.

Las tenues luces que sumían en romántico vergel los umbríos paseos flanqueados por las artísticas construcciones de troncos y ramajes, ponían su difusa nota de colorido en el rústico marco de una noche que prometía nostalgias, recuerdos, amores, pasiones.

Por uno de aquellos paseos avanzaba, crujiendo bajo sus pisadas la grava, una espléndida figura que contoneaba sus fascinantes caderas en el interior de un ceñido pantalón de escarlata tonalidad.

El gracioso cimbreo de aquel cuerpo escultural era una atracción latente, un prodigio de femineidad, un derroche de perfección y armonía.

Sóhora Ben Abselam, dando muestras de una envidiable serenidad, prosiguió su avance, sin un titubeo, en dirección al siniestro *bungalow 111*.

Alcanzó la puerta, abriéndola con suave decisión.

Su mano derecha tanteó en busca del conmutador eléctrico. Se inundó de luz el pintoresco reducto.

Iba a volverse hacia delante cuando se experimentó aquel incomprensible fenómeno.

Como una tupida nube de espesa blancor surgió en el ámbito, dificultando la visibilidad.

Un banco de impenetrable brama la rodeaba por todas partes,

formando en torno a ella un blindado muro de nieve que sus ojos verdes se veían imposibilitados de perforar.

De repente, cual un legendario espectro de misteriosa novela, emergió por entre aquel témpano de algodón algo negro.

Horriblemente, negro. Una garra.

Una velluda zarpa de negro vivo, lustroso, brillante, cegador, que mostraba cinco finísimas y curvadas uñas.

Extendidas hacia el bello rostro de la inmóvil Sóhora.

Nació entonces, desde lo más profundo de aquel níveo sudario, la voz sádica, de siniestro matiz, desgranando:

—Has hecho mal... muy mal, muñeca tentadora, descubriendo mi secreto. Nadie lo ha logrado..., ¡nadie! Y menos, mucho menos, ¡escapar con vida!

Sóhora quiso responder, hizo un esfuerzo por articular una frase, comprobando con cierto temor que no conseguía hacer brotar una sola letra por sus labios.

—¡Vas a morir...! ¡Voy a destrozar tu cuerpo! ¡Rasgaré tus deseados encantos hasta convertirlos en tiras de piel ensangrentada! ¡Ahora...! ¡¡AHORA!!!

Las zarpas zigzaguearon dentro de la neblina.

Y fue en aquel preciso instante cuando sucedió lo verdaderamente insólito. Lo inesperado.

La rústica casita, igual que si tirara de ella una grúa, se alzó vertiginosamente.

¡Había desaparecido el bungalow 111!

Oyóse un bestial rugido.

Instantes después, sólo segundos, una nube rojiza, ígnea, infernal, ahogó la blanca neblina.

Y tras ella, desde distintos puntos torrentes de fría agua bañaron el lugar que pocos segundos antes ocupaban las paredes y el techo de un *bungalow*.

Sóhora Ben Abselam se sintió atrapada por unos brazos hercúleos y trasladada en volandas lejos de aquel caótico abismo.

Una figura siniestra se debatía por entre el agua, la niebla, el rojizo nubarrón. Pronto se esfumó todo.

Para sólo quedar, a los pies del cielo azul pleno de estrellas, un extraño ser que giraba sobre sí mismo preso en una cárcel de odio, de furor homicida.

Vestido con un negro dominó que le llegaba del cuello a los pies. Cubierta la cabeza por un extraño casco y oculto el rostro tras una mascarilla con tubo de goma que se perdía en el interior de los negros ropajes.

Las manos, ocultas en el interior de unos guantes, negros, recubiertos de una brillante sustancia, donde nacían aquellas uñas afiladas, sanguinarias, siniestras.

¡«THE SADISTIC»! ¡«AL FIN»!

Cerca del monstruoso ser, Frankie McCasland, cubiertos sus labios por una glacial sonrisa, empuñando su diestra la pavonada superautomática.

A derecha e izquierda, un par de yardas detrás, los pétreos e inexpressivos rostros de Soleimán y Dugar, perniabiertos, cruzados los brazos sobre el torso desnudo.

—Sabía que volveríamos a vemos, fantasmón —habló con voz helada

IS-001

—. Ya puedes dar por terminado el carnaval siniestro que hasta hoy has vivido... Tu asesina carrera ha concluido ¡PAUL VON LUTZE!

Movióse la figura lanzando un nuevo rugido.

Y al punto, un par de afiladas dagas nacieron en manos de Dugar y Soleimán.

—Yo no intentaré moverme otra vez Von Lutze —advirtió ominosamente McCasland—. Estoy deseando que me des un motivo para acribillarte.

Se inmovilizó.

—Es impropio de un asesino tan inteligentemente sanguinario haber caído en este ardid burdo, infantil —siguió con su tono frío el agente del *Intelligence Service*—. ¡Quítate el dominó, la mascarilla y los guantes! Déjalo caer todo al suelo..., pero no vayas a confundir ningún movimiento porque te mataré como se mata a un perro rabioso. ¡Obedece!

Jadeando, lanzando al aire aquel ronco y sádico estertor, fue despojándose lentamente de su indumentaria asesina.

Sí, allí estaba.

«The Sadistic». Paul von Lutze.

Mirando a McCasland con los ojos inyectados en sangre, convertido su rostro de facciones correctas en una máscara de odio

y furor.

—El gas, Von Lutze —recitó

IS-001

lentamente—. El gas te ha perdido. Lo empleabas como arma eficaz en tus crímenes. Debí comprenderlo ayer cuando trataste de asesinarme en tu propia habitación. Más tarde lo pensé..., pensé que tú estabas en Brasil cuándo Douglas Marsh fue despedazado, pensé que tú trabajabas con un hombre que realizaba sus experimentos precisamente con gases, hidrógenos, hidrocarburos..., pensé que tú fuiste el primero en saber del funesto y accidental descubrimiento de Erhard Meissner... ¿Quién mejor para asesinarlo que el propio «The Sadistic»? Fue tu primer error. Luego, aquí en Casablanca, a donde viniste porque sabías que el profesor se había comunicado con el IS, y tu ausencia hubiera sido una clara acusación, encontraste a Walter Cihac. Un traidor que regía el mercado de compra y venta de secretos... Juntos planeasteis la jugada a Mildred, ya que ella, a instancias del propio Cihac, te indicó que alquilaras el *bungalow 111*. ¿Quieres que te explique cómo fraguasteis la siniestra comedia de tu muerte y posterior resurrección? Muy sencillo, ¿verdad? Walter se encargó de alterar la numeración de todo un corredor de *bungalows* y así, cuando Mildred creyó entrar en el 111, lo hizo en aquél donde habías despedazado a un pobre hombre que tenía cierto parecido físico contigo. Desde la puerta, horrorizada, no pudo apenas precisar tus rasgos faciales. Dio por sentado que eras tú y huyó despavorida. Entretanto, Walter le salía al encuentro, Omar y Brahim se encargaban de alterar nuevamente las numeraciones de los *bungalows* para, cuando regresaran al verdadero 111, se encontraran con un Paul von Lutze intacto, incólume, que fingió haber sido drogado, que fingió la visita a un inexistente médico que confirmó lo del Narcomenol.

»Después, para acabar de hundir a Mildred en la confusión, alteraste tu rostro con esa artificial cicatriz bajo el ojo derecho. Las cosas se complicaron para vosotros con mi presencia, ¿cierto? Tú habías oído hablar de mí, sabías positivamente que buscaba al misterioso “The Sadistic”, estabas al corriente incluso de la muerte del coronel Mikhail Osipovitch por encargo del cual asesinaste a Douglas Marsh. Yo era mucho más peligroso que Mildred Williams.

Os propusisteis eliminarme, pero al fallar tu propio intento, enviasteis a Omar y Brahim, colocasteis la mina magnética en mi auto..., pero todo resultó baldío. Sabías que terminaría por sospechar de Walter y decidiste eliminarlo. Por último, inventaste la historia de tu rapto, para justificar la ausencia en el hotel y proporcionarte una inmejorable coartada. Incluso, has jugado un magnífico papel tratando de que yo mismo te facilitara la salida de Casablanca, argucia que no tenía otro fin que el de buscar el momento adecuado para asesinarme.

Hizo una pausa fugaz, tras la cual, clavando sus fríos ojos ahora color plomo en la figura de Paul von Lutze, inquirió con sarcástica ironía:

—¿He omitido algo... o cometido algún error? Fuiste muy torpe al asesinar a Erhard Meissner. Precisamente al hombre que te proporcionaba inmejorable pantalla para ocultar de forma inconsciente al tan buscado «The Sadistic». Y ahora..., ¿dónde tienes la fórmula?

Su rostro, horrible cóctel de odio, ruindad, sadismo contenido, vesania y crueldad, encajó las mandíbulas con rechinante dureza.

Y, bruscamente, saliendo de la estática inmovilidad en que se había mantenido mientras Frankie hablaba, dio un felino salto arrojando hacia aquél una ampolla que misteriosamente habíase deslizado por el interior de su manga hasta la mano, al tiempo que gritaba:

—¡Ahí tienes la fórmula, hijo de perra!

—¡Duguar! ¡Soleimán! —bramó

IS-001

—. ¡A tierra!

Ambos rodaron velozmente sobre la grava escapando al diminuto recipiente de cristal que explotó a varios metros de sus espaldas.

Paul von Lutze corría, jadeando roncamente, por el sendero de grava. Casi alcanzaba los tupidos ramajes de la jungla...

¡Plop! ¡Plop!

¡Zas! ¡Zas!

Dos proyectiles.

Dos dagas de marfileño mango encontraron albergue en el cuerpo del que huía.

«The Sadistic» se detuvo en seco, alzó los brazos, giró al compás de una danza siniestra y aún dio un par de pasos antes de caer vertical, pesadamente de bruces sobre la grava.

Muerto.

El asesino internacional perseguido durante dos años. Muerto.

Allá en la jungla de un pintoresco motel que fuera propiedad de un traidor.

—Regístradle las ropas. Cualquier sobre o papel que lleve encima puede ocultar la fórmula.

Soleimán y Dugar obedecieron la orden lo mismo que si hubiese brotado de labios de Sóhora.

La bella marroquí se hallaba escoltada por Rahal Djedd y tres de sus agentes. Corrió hacia

IS-001.

—¡Frankie!

La recibió entre sus brazos para besar su boca con una intensidad que hasta hizo ruborizar a los funcionarios legales del país que contemplaban la escena.

Luego, Frankie McCasland se dirigió al oficial de la policía tendiéndole su diestra.

—Gracias, Rahal Djedd. Sin su colaboración nada de esto hubiese sido posible. Sonrió el esbelto marroquí.

—Lo único que lamento... es no recibir un premio como el suyo. ¡Buena suerte, McCasland!

Llegaron en aquel momento Dugar y Soleimán. Con algunos papeles.

Con un sobre. Un sobre...

—Aquí está, mi valiente Sóhora. La fórmula del *Leutchgás Mörderisch...*, ¡la maldita fórmula!

Se miraron.

¿Maldita?

Gracias a aquella fórmula habían vuelto a encontrarse.

Gracias...

CAPÍTULO XI

—¡Atención, atención! «TWA» anuncia la salida de su vuelo 876, destino Washington, rogando a los señores pasajeros se sirvan pasar los controles de policía y dirigirse al acceso número tres.

Los altavoces del «Vers L. Aeroport International» de Casablanca repitieron rutinariamente:

—¡Atención, atención! «TWA» anuncia la salida...

Uno de los pasajeros de aquel vuelo, con destino a Washington, tenía sus ojos clavados en el brillo de otros, verdes, intensamente verdes, profundos, misteriosos, exóticos como maravillosas esmeraldas.

Decía:

—Sóhora..., como entonces. Ayer Tánger, hoy Casablanca. De nuevo esa cruel despedida. Yo..., yo te adoro, mi vida, estoy...

Puso ella dos de sus largos y bien formados dedos sobre la boca del hombre.

—No digas nada, Frankie. No lo hagas todo más difícil. Bésame... y vete. Besó aquella boca jugosa, frutal, tierna, húmeda...

Dio media vuelta y echó a caminar con largas zancadas.

Mildred Williams le esperaba en la escalerilla situada en la popa del «Caravelle». Frankie, con un ademán, le indicó que subiera.

Entretanto...

Sóhora Ben Abselam, arrasados en lágrimas sus fascinantes ojos, contemplaba cómo por segunda vez se perdía a lo lejos de un aeropuerto, para luego remontarse en el aire el único hombre al que había amado y entregado su amor.

Frankie McCasland.

—Frankie... —susurraron sus labios—, ¿volveré a verte algún día? Un nudo espeso obstruía su garganta.

De repente...

Se vio alzada del suelo por unos brazos fornidos que la llevaron en volandas hasta el control de la policía.

Rahal Djedd Ben Noussier, con extraña sonrisa en los labios, entregó un pasaporte al hombre que llevaba en brazos a la sorprendida y atónita Sóhora.

El oficial marroquí en persona ordenó que abrieran paso.

Al pie de la escalerilla, Frankie McCasland, sonriendo con ternura, radiante su rostro de felicidad, contemplaba la curiosa escena.

Soleimán depositó a Sóhora en el suelo, junto a Frankie. Corrió hacia atrás acto seguido agitando la diestra en el aire.

—Tu pasaje, pequeña —dijo el hombre, tendiéndole un billete rectangular al tiempo que se inclinaba para recoger una especie de carpeta que Soleimán había dejado caer al suelo. Agregando—: Tu pasaporte, mi amor.

Lloraba, reía, mordíase los labios...

—Frankie...

La abrazó, subiéndola así a bordo del «Caravelle». Con un pasaporte a la felicidad.

FIN



Francisco Caudet Yarza (Barcelona 1939), ya en la infancia manifiesta su inclinación hacia la literatura y se apasiona con la lectura de clásicos franceses y rusos (Dumas, Tolstoi, Verne), autores que simultánea con los españoles de la novela de kiosco como Mallorquí, Donald Curtis, Mark Halloran y otros, en especial Guillermo López Hipkiss con el que se identifica de tal modo que, pasado el tiempo y siendo ya un profesional de la novela popular, reconoce que él ha sido el auténtico detonante de su vocación literaria. Debuta en 1965 en el mundo de los «bolsilibros» con la madrileña Editorial Rollán que le publica su primer original en la legendaria serie FBI, con el título de Enigma. Dos años después la barcelonesa Bruguera le ofrece un contrato de colaboración en exclusiva para novelas de bolsillo, empresa que comercializa durante años sus originales que rozan los cuatrocientos títulos y que firma con el más conocido de sus seudónimos: Frank Caudett. Con el devenir del tiempo incursiona en otros ámbitos literarios y publica con diferentes editoras, entre ellas Edimat, Libsa, Planeta, Ediciones Obelisco, etc. Algunas de sus obras más significadas son: *Al correr del tiempo...*, *Generaciones Castradas*, *Historia Política de Cataluña 1880-1936*,

Las profecías de Nostradamus, Franco resumen biográfico y es autor, junto con su esposa, la documentalista María José Llorens, del primer libro sobre la Ouija que se publica en la España de la transición. Desde hace varios años colabora con un *holding* editorial sudamericano.

Multieditors de Promociones, S. L., *holding* sudamericano antes aludido, es la editora que publica actualmente la totalidad de su producción literaria, repartida en diferentes colecciones, según las respectivas temáticas. Death Club es una serie policiaca, lo que hoy se conoce como «novela negra», en la que volviendo a su legendario seudónimo de Frank Caudett, han aparecido varios títulos suyos. El último, La Starlet, según los informes que le facilita la propia editorial, ha recibido el beneplácito de la asesoría literaria y también una favorable acogida por parte del público lector.

Utilizó los

ALIAS:

- Frank Caudett.
- Frankie Cauyarz.
- Kyle Brown.
- Michael Bannister.
- Montana Blake.
- Ariel Sinclair.
- Winston McNeil.

Notas

[1] Véase ***Operación Kasbah*** de esta misma colección: Servicio Secreto 856. < <

[2] Rigurosamente verídico. < <

[3] Traducción literal del alemán: **gas asesino**. < <

[4] Cerdo. < <

[5] ¡No, no...! < <